



LA ESPAÑA MEDICA

Y CRONICA DE LOS HOSPITALES.

PERIODICO OFICIAL

DE LA HOSPITALIDAD DOMICILIARIA DE MADRID, DE LA ACADEMIA QUIRURGICA CESARAUGUSTANA

Y DE LA SOCIEDAD FILANTROPICA DE PROFESORES DE CIENCIAS MEDICAS.

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES.
Los suscritores por un año tienen el derecho de señalar el mes en que han de verificar el pago.
Los números sueltos se venden á DOS rs.

PRECIOS DE SUSCRICION (pago adelantado).

	MADRID.	PROVINCIAS.	ESTRANJERO.
Un trimestre	12 reales.	15 reales.	80 reales.
Un semestre	24	30	160
Un año	48	60	320

Se suscribe en Madrid en la Redaccion, calle de la Puebla, 6, bajo, derecha, y en la libreria de Bailly-Bailliere, Principe, 41. En provincias en casa de los correspondientes ó por carta á la redaccion

SECCION CIENTIFICA.

MEDICINA Y CIRUJIA.

Oftalmologia.—Neuralgia ocular intensa acompañada de inyeccion sanguinea conjuntival (oftalmia periodica o intermitente); tratamiento antiflogistico; agravacion del padecimiento. Opio y sulfato de quinina; curacion pronta, por D. Antonio de Grazia y Alvarez.

Antes de esponer la historia clinica de este caso práctico, creo muy conveniente anticipar la idea con respecto á las enfermedades que observemos, que en ellas hay que distinguir, aquellas que fueron desde un principio intermitentes, de las que en su curso ó al terminar adquirieron la intermitencia.

En efecto, es una verdad sancionada por la repetida esperiencia de los hechos, que varios padecimientos que no son de naturaleza intermitente, suelen tomar este caracter, ya por influencias de localidad ó ya por causas accidentales atmosféricas. No siendo, por tanto, cosa estraña observar, pues lo vemos en esta poblacion muy á menudo, que las fiebres continuas, biliosas, pútridas etc., y aun las calenturas de los órganos huecos y parenquimatosos, adquieran en su decrecimiento el tipo de periodicidad, y cuyas terminaciones consigamos con una exactitud casi matemática á beneficio de los antípticos.

Además, como no todas las afecciones de índole intermitente están exentas de complicaciones, estas circunstancias patológicas podrán dificultar el diagnóstico hasta el punto de cometer un error haciendo desconocer su legitima naturaleza, y con tanto mas motivo, si no hubiese llegado á noticia del profesor la existencia de un padecimiento de aquella clase.

Afortunadamente la enfermedad de que me voy á ocupar ahora, que se pudiera denominar *oftalmia intermitente*, aunque no muy comun, es bastante conocida.

Nadie ignora que algunos autores hacen referencia en sus obras de las oftalmias intermitentes. Así, cuando se presenta un caso semejante, viene á la memoria la doctrina del artículo dedicado á las enfermedades de los ojos (*Ophthalmie, T. Sec.*) que se encuentra en el Diccionario de medicina y cirujia prácticas publicado en Holanda, en 1817, en donde se hace mencion de la oftalmia periódica, y se aconseja la quina para su curacion radical, indicando que el tratamiento de ella es el mismo que se usa en la fiebre de acceso ó intermitente.

Tal es el método curativo que formulé para conseguir la curacion en el siguiente caso.

José Arrieta, natural de Puerto Real, de 48 años, temperamento sanguíneo, calesero, que siempre ha gozado de salud, fué invadido de repente de un fuerte dolor de clavo en el ojo derecho á principios de junio del año de 1857. Un facultativo le prescribió dos sangrias generales y fomentos emolientes. Desde la primera evacuacion sanguínea, el dolor incrementó hasta el punto de que el paciente gritaba como desesperado. Sin embargo, se insistió tenazmente en la segunda emision de sangre. Ya entonces, y despues de bañado el ojo afecto con el cocimiento de altea, creyó el infeliz, segun su espresion, que se le iba á saltar el ojo, y corriendo como un demente, intentó, para librarse de tormentos, arrojar al pozo de su casa.

Llamado á consulta me hice cargo de este enfermo. Me informé que fechaba de tres dias el mal, que le atacó de pronto, por la impresion, al parecer, de un fuerte viento de levante, pues desde entonces principió á doler el ojo; que el dolor de clavo se calmaba y se

hacia violentísimo, acompañándole rubicundez á ratos, que el tratamiento le habia empeorado considerablemente. En vista de estos antecedentes y de la inspeccion del sitio afecto, que me costó gran trabajo observar, pues estaba casi de continuo comprimido con ambas manos del paciente, y en donde no advertí otros síntomas, que ligera inyeccion arborizada en la conjuntiva, fotofobia extraordinaria, y algun hundimiento del globo, y prominencia de los párpados, en particular del superior, diagnosticué una neuralgia ocular exacerbada por un tratamiento contraindicado. Por consecuencia formulé lo siguiente.

R. Sulphatis kininæ, semi scrupulum,
Extracti aquosi opii, grana duo,
Misce, et cum materia idonea fiant pilule duodecim.

Para tomar tres píldoras de una vez, cuando desapareciere el dolor, en la intermitencia.

A la tercera dosis la neuralgia desapareció y la rubicundez al mismo tiempo; no obstante, siguió tomando una píldora de hora en hora hasta concluir la docena. Desde entonces hasta la actualidad, en la que de nuevo he visto á este jóven por estar de sirviente del Sr. D. Andrés Ferry (hijo), profesor de dibujo de la academia de Bellas Artes de Cádiz, á quien asistí en el mes pasado, no ha vuelto á padecer de tan temible neuralgia.

Ciertamente que ha sido notable en este caso clínico la aparicion y desaparicion periódica y regular de la conjuntivitis en cada exacerbacion intermitente. Empero, la inyeccion arborizada no la consideré como indicante de la naturaleza de este padecer, como la verdadera enfermedad, y en consecuencia no la di tanta importancia como á la exaltacion de la sensibilidad que acusaba el paciente, que al intenso dolor, y no solo la juzgué por su caracter periódico, sino porque dicha in-

tensidad en cada acceso no estaba en relacion con el indicado sintoma anatómico. Por eso diagnosticué el caso de una neurosis del sistema nervioso ocular; alteracion vital que se agravó con el tratamiento antiflogístico, siendo luego curada por el opio y sulfato de quinina administrados en el momento de oportunidad, demostrándose con el buen resultado obtenido la legítima naturaleza de aquel padecimiento.

Réstame, por último, manifestar que, por el relato de la presente observación y de otras de la misma clase que pudiera añadir, en las cuales he usado el opio mezclado con el sulfato de quinina, y particularmente, en cuartanas de larga duracion y rebeldes á variados tratamientos antitípicos, las que curaron despues con las píldoras del formulario ecléctico de A. D' Etilly, prescriptas para las intermitentes (pertinaces) de todos los tipos, se puede valorizar en la práctica la opinion del Dr. Gluber, acerca del antagonismo ó incompatibilidad de ambas sustancias reunidas, pues como ya dejo probado, sus acciones de ningun modo se atenuan, y mucho menos se neutralizan, segun lo ha pretendido este autor en su discurso ó memoria leida ante la Sociedad médica de los hospitales de París.

ANTONIO DE GRAZIA Y ALVAREZ.

Estudios clinicos sobre la afeccion hemorroidal y las hemorroides, consideradas bajo el aspecto etiológico, semeiológico y terapéutico.

IV.

Relaciones de la afeccion hemorroidal con las enfermedades de la córnea y del iris en particular, y en general con las del globo del ojo.

Observacion octava. Una niña de 8 años, nieta del individuo que fué objeto de la observacion anterior, padecia hemorroides fluentes, al parecer hereditarias por la línea paterna, y habiendo apelado á diversos medios para libertarla de tan molesta incomodidad, lo consiguieron al fin, no sin que inmediatamente se le presentase una coroiditis que llegó hasta su segundo grado, y que fué en vano combatida por sanguijuelas al ángulo esterno del ojo, diversos colirios, fricciones sobre la oreja con el unguento napolitano y la belladona, etc. En este estado me la trajeron para que intentase su curacion, y en el momento de hacerme cargo de ella, la coroiditis empezaba á propagarse al iris y á la retina y existia una insopórtable fotofobia. Al propio tiempo aparecieron en la frente de esta niña, tras de las orejas y en uno de los brazos algunos ligeros herpes furfuráceos; y en vista de todo, prescribí el siguiente plan. Continuacion de las fricciones de mercurio y belladona por el método iatraléptico y colirio narcótico hasta calmar la fotofobia. Obtenido este resultado,

suspendí todo tratamiento local, y prohibi los colirios, fuesen de la clase que fuesen, dando al interior el azufre con el nitrato potásico y el azúcar de leche, ordenándole baños de asiento y ocho sanguijuelas al ano cada 15 dias. A los dos meses y medio de tratamiento, la coroiditis estaba curada y las hemorroides restablecidas. Merecen notarse en este caso estas tres cosas:

1.^a La tierna edad de la enfermita afecta de hemorroides y de coroiditis, que suelen mas bien ser patrimonio de la edad adulta y de la vejez.

2.^a Su curacion *sin colirios*, y si por el método propio de la afeccion hemorroidal.

3.^a en fin. Los herpes que aparecieron, y que, como luego veremos, suelen tambien estar relacionados con el estado morbozo de que me ocupo. Solo diré ahora, como explicacion de la primera de estas particularidades, que debia buscarse en la herencia y en la asidua aplicacion de la vista á objetos pequeños, para aprender á bordar y demas labores propias de su sexo.

Observacion novena. Un caballero de 53 años de edad, temperamento nervioso, constitucion regular é idiosincrasia gastro-hepática, habia tenido hemorroides, que se suprimieron espontáneamente despues de haber sufrido este individuo grandes pesadumbres, contratiempos y multitud de desgracias de todo genero, que le obligaron á situarse á la puerta de un café y pedir allí limosna para poder subsistir. Este sugeto no tardó mucho en ser invadido de una terrible coroiditis, que llegando al tercer grado le dejó ciego de ambos ojos; siendo este el primer caso que he observado, y que como ejemplar de coroiditis, nos fué presentado en la clínica especial de oftalmología en Cádiz; despues he tenido ocasion de convencerme de que estos tres hechos, pesadumbres, hemorroides y coroiditis son correlativos y sus influencias recíprocamente.

Observacion décima. Santiago Frontin, natural de Púgdexome (Aubérnia) de 51 años de edad, fué operado por abatimiento en la clínica quirúrgica, de dos cataratas lenticulares que desde algun tiempo padecia, y que estaban desituidas de toda complicacion. Terminada la operacion sin ningun accidente, y ejecutada con la mayor habilidad, sobrevino á pesar de todo una iritis intensísima, que comprometió gravemente su éxito. Enterados de que el individuo en cuestion padecia periódicamente un flujo hemorroidal bastante copioso, se trató su iritis por dos evacuaciones generales, y despues una botella de agua de Sedlitz, píldoras aloéticas y enemas emolientes, que reproduciendo el flujo, hicieron cesar los síntomas referidos.

Observacion undécima. Doña Maria Aran Villote, de 56 años de edad, habia sido operada por extraccion de una catarata que tenia

en el ojo derecho, por el doctor Frank Phender, á su paso por Cádiz. Algunos dias despues de la operacion, espermentó agudísimos dolores en el fondo del ojo, que al levantarse el apósito, se halló completamente supurado. Once meses despues fué operada por el mismo método la catarata del otro ojo, por un hábil oculista, y como durante todo el tiempo que tuvo aplicado el apósito, no espermentase dolor ni otro accidente, se procedió á levantarle llenos de esperanza. Todas, sin embargo, fueron desvanecidas una vez separadas las piezas de que aquel se componia, hallándose el ojo izquierdo atrofiado, y observándose que se habia supurado en silencio y sin arrancar el menor grito de dolor. Tan extraño suceso reclamaba ciertamente una explicacion; pero la paciente no presentaba síntomas de ninguna diátesis, fuera de su afeccion hemorroidal. A falta de otras causas á que imputar tan desastrosos efectos, ¿no podría concederse á esta alguna influencia ó participacion en ellos? Sin atribuirle un valor absoluto, mucho me inclino, sin embargo, á contestar esta pregunta afirmativamente.

Relaciones de la afeccion hemorroidal con las enfermedades de las vias respiratorias y con ciertas afecciones herpéticas.

Observacion duodécima. D. N. G., boticario de esta villa, de 58 años de edad, temperamento sanguíneo-nervioso, constitucion débil y empobrecida, padece todos los veranos un fuerte ataque de disenteria esporádica, al que se sigue durante el otoño un abundante flujo hemorroidal. En los primeros meses de invierno recobra este individuo su salud, engorda mucho y es á continuacion acometido de terribles accesos de asma espasmódico, que solo desaparecen al terminar la primavera; reproduciéndose su disenteria en el verano, y siguiendo á ella el flujo hemorroidal, y así sucesivamente todos los años. El pulso de este individuo presenta además la particularidad de faltar una pulsacion de vez en cuando y sin regla fija, ya una vez de cada cuatro, ó de cada 6, etc. Este fenómeno parece ser natural en él, pues ni la auscultacion, ni por otros síntomas permiten referirlos á una lesion orgánica del centro circulatorio. Sea de esto lo que quiera, la sucesion periódica de su disenteria, flujo hemorroidal y asma, pueden en mi concepto mirarse como debidas á una misma causa. Este caso es para mí un caso de hemorroides anómalas, que ya se presentan en un sitio natural, ya ocasionan la afeccion intestinal específica, ya en fin, suprimidas van á congestionar el pulmon y los brónquios, ocasionando así un asma sintomático.

Observacion decimatercia. D. G. B. empleado de la aduana de Cádiz y de 45 años de edad, es de temperamento sanguíneo-nervioso, constitucion robusta é hijo de padres

sanos. La vida sedentaria á que su profesión le ha condenado, puede mirarse como la causa de la afeccion hemorroidal que padece, y de las hemorroides que la iniciaron. Tratadas estas imprudentemente por cauterizaciones intempestivas desaparecieron por completo; pero poco despues de esto, experimentó el enfermo una cardialgia ligera, cubriéndose su piel de herpes furfuráceos, que tenian su asiento principalmente en el cuero cabelludo, en las espaldas y parte anterior del pecho. Consultando esta dolencia con un profesor, pasó á los baños minerales de Chiclana, tomando por consejo de este, y por el del director de aquel establecimiento, los que son conocidos con el nombre de los de *la fuente amarga*. A beneficio de este plan obtuvo en tres temporadas, la desaparicion de su dolor de estómago y de su afeccion herpética; pero en el invierno siguiente sintió fuerte cefalalgia acompañada de un insoportable prurito; y á esto se siguió el padecimiento de ataques de asma de inusitada intensidad, que le privan todavia de entregarse á sus ocupaciones, habiéndole obligado, por lo tanto, á solicitar su jubilacion. Tenemos aqui, pues, una cardialgia, unos herpes y un asma eminentemente subordinados á la afeccion hemorroidal.

VI.

Relaciones de la afeccion hemorroidal con la gotosa.

Observacion décimacuarta. P. R., labrador, de 47 años de edad, temperamento sanguíneo á predominio, constitucion muy robusta é idiosincrasia gastrohepática, se entrega inmoderadamente á los alcohólicos y á los placeres de la mesa, haciendo además una vida bastante sedentaria. Este individuo, afecto desde hace 22 años de hemorroides, experimenta desde el invierno pasado fuertes ataques de gota, que sucesivamente han elegido por asiento las articulaciones tarso-metatarsianas, tibio-tarsianas y femoro tibial izquierda. El nitrato potásico dado interiormente á dosis altas y alterantes, empezando por tres dracmas y subiendo hasta una onza en las 24 horas, y las fricciones con la tintura de colchico sobre los puntos afectos, han retardado los ataques y disminuido su intensidad. En un principio tuve que hacerle algunas evacuaciones generales de sangre, administrando al propio tiempo algunos purgantes; pero á beneficio de estos, las hemorroides empezaron de nuevo á fluir, y desde entonces observo cierta especie de antagonismo entre estas dos afecciones. Cuando la gotosa se alivia, la hemorroidal se exaspera, y viceversa, la disminucion de esta es bien pronto seguida de la agudizacion de aquella. Esta reciprocidad de influencia es asaz significativa para que sea preciso detenerse sobre este punto.

VII.

Relaciones de la afeccion hemorroidal con las enagenaciones mentales y con la hipocondria.

Falto de esperiencia personal sobre el primero de estos puntos, pues los locos que he tratado han debido su enagenacion á otras causas; no por eso dudo de la influencia que la afeccion hemorroidal ejerce en la determinacion de ciertas formas de locura; seria, pues, preciso para dudar de esta verdad, olvidarse de cuanto sobre dicho asunto han escrito Pínel, Esquirol, Georget, Calmeil, Paré, Falret, Morel, etc. Remitiend, por tanto, á los lectores á las obras de estos ilustres alienistas. ¿Pero quién no ha tenido en su práctica multitud de hipocondriacos, cuya enfermedad guardase las conexiones mas íntimas con la afeccion que motiva mi artículo? En los escritos de los grandes misántropos de ciertas épocas, cuyos nombres ha inmortalizado la historia, puede verse la exactitud de estas relaciones, sobre las que ya llamé la atencion en una memoria que compuse, y lei en una de mis oposiciones (1), y la sola lectura de las tristes máximas de La Rochefoucauld, de los melancólicos pensamientos de Pascal, de las desesperadas poesías de Gilbert, de los escépticos poemas de Lord Byron, de las atrabiliarias obras de Vanternagues, y finalmente de algunas de las de Zimmermann, Schakspeare y el Tasso, y aun en las desgarradoras armonias de Beethoven y de Marhsner, puede fielmente interpretarse, comprenderse y traducirse el estado de esas almas oprimidas y sojuzgadas por el estado orgánico. Trasunto fiel de la descontentadiza imaginacion de Torcuato Tasso, son aquellas estrofas de su «Gerusalemme liberata,» en que hablando de sí propio esclama:

«Brama assai

Poco spera

e nulla chiede.»

Lúgubre eco de la desesperacion, á que la mas negra hipocondria habia llevado á Gilbert, es el postrer verso de su última poesia:

«je veille, je languis par la faim devoré.»

Y ¿qué diremos de la *Soledad* de Zimmermann? ¿Qué de las tinieblas de Lord Byron? Por lo demas esto es muy exacto, pero no es nuevo; siendo imposible espresar estas ideas mejor que Alibert en su *discours sur les rapports du physique et du moral de l'homme*, leído para inaugurar los trabajos de la sociedad médica de emulacion. ¿No es cierto además que el gran médico de Federico II conocia por el humor del rey el estado de sus hemorroides, y si sus funciones digestivas

(1) ¿Qué es la razon? ¿Cuáles son sus fundamentos? y ¿en qué difiere la locura? Memoria leida en las oposiciones á la plaza de director de la casa de dementes de Toledo.

habian ó no llegado á su ultimado complemento?

VIII.

La afeccion hemorroidal considerada como crítica.

Observacion décimaquinta. N. N., marino, fué atacado en Conil del cólera asiático en su última invasion; despues de haber llegado á verse en la mas espantosa algidez, sobrevino la reaccion; pero en vez de ser franca, fué desordenada y tifoidea. Este tifo consecutivo al cólera oriental volvió á poner su vida en grave riesgo, y cuando se tenian ya casi completamente perdidas las esperanzas, tuvo lugar el flujo hemorroidal mas copioso que he observado, arrojando el enfermo una enorme cantidad de sangre venosa líquida y sin mezcla de pus, serosidad, etc.; terminando desde aquel mismo punto su gravedad, é iniciándose la convalecencia. Hechos tan significativos hacen inútiles los comentarios.

IX.

Generalidad de los efectos de la afeccion hemorroidal.

Observacion décimasesta. D. J. G., natural de Almansa, de 44 años de edad, temperamento sanguíneo-nervioso muy deteriorado, constitucion regular, solo habia padecido hasta los 41 años las enfermedades propias de la infancia y algunas intermitentes. Habia experimentado grandes disgustos, y tenia hemorroides fluentes, que primero exhalaban sangre, y despues un flujo mucopurulento; una especie de blenorrea del intestino recto, que le molestaba mucho; por lo cual aconsejándose de un hermano suyo, que habia vivido mucho tiempo en América, donde decia ser ese padecimiento muy frecuente, y ceder sin inconveniente alguno al uso de enemas de agua fria, apeló á este recurso, con el que logró la desaparicion gradual de su flujo hemorroidal; pero poco despues de esto, se presentaron en su cabeza y en la parte anterior del pecho algunos herpes escamosos, que cedieron fácilmente al tratamiento adecuado; á continuacion le sobrevino una gastralgia intensísima, que un profesor francés, residente en Valencia, calmaba con mucha facilidad con unos polvos compuestos de subnitrato de bismuto, extracto de valeriana y de belladona y carbonato de magnesia; mas acometido despues de una calentura, que calificaron primero de intermitente cotidiana, y que luego se vió ser sintomática de otro estado morboso, adquirió su estómago cierta susceptibilidad que le obligó á suspender el uso de los polvos, que eran inmediatamente devueltos con el vómito; al propio tiempo empezó á experimentar latidos y pulsaciones en el ege celiaco, y considerando otro profesor este nuevo sintoma como espresivo de una congestion del sistema de la vena porta, le prescribió los polvos de crémor

con la flor de azufre, á beneficio de los cuales solo obtuvo un alivio muy efímero. Conviene advertir que esto coincidía con vientre natural, jamás timpánico ni meteorizado, pero siempre muy estreñido. Después de esto, experimentó dolores reumáticos en diversas partes, y luego zumbido de oídos, aceleración insólita de respiración y circulación; palpitaciones de corazón; ensueños penosos y horribles, de los que siempre despertaba sobresaltado; silbidos que le atormentaban durante el sueño, y aun le privaban de él, y finalmente, otros varios síntomas, que obligaron á otro facultativo á diagnosticar una endocarditis, juzgando oportuna la administración de la digital, á la cual cedieron por de pronto estos síntomas; pero fueron reemplazados por disnea, grande opresión y laxitud muscular; al poco tiempo reapareció la gastralgia y continuaron las palpitaciones de corazón, cediendo esta vez ambas cosas al uso del éter. Además, para vencer su estreñimiento de vientre, le dieron de una vez una fuerte dosis de aloes, que no volvió á tomar el enfermo por atribuirle dolores de tripas, exasperación del molesto zumbido de oídos, y edemas de las extremidades que consecutivamente sobrevino. Aburrido este individuo de ver que no hallaba alivio alguno en sus dolencias, dejó de consultar á los médicos y se dió á leer obras y periódicos de nuestra facultad, y como en uno de estos viese muy encomiadas las admirables propiedades de la *mones'a*, se decidió á tomarla de motu propio. No se alivió tampoco, como era de esperar, y habiéndome conocido casualmente en un viaje que hicimos juntos, vino á consultarme, y le oí espresándose en términos técnicos el estenso conmemorativo que acabo de referir. Tanto de este, como de la detenida exploración que le hice, deduje la siguiente idea que he formado de su enfermedad.

La supresión de sus hemorroides produjo inmediatamente después sus herpes, cosa que, como se ha visto, se observa muy frecuentemente; en seguida padeció una verdadera gastralgia pletórica, semejante á la que he descrito en algunas de las observaciones anteriores. Esta gastralgia cedió por de pronto á su tratamiento propio, pero no pudo curarse radicalmente, pues no era este susceptible de combatir directamente la causa próxima del mal; no tardó mucho en estar muy manifiesta la congestión del sistema de la vena porta, pero aunque el azúfre es justísimamente mirado como algunos por específico en casos análogos, en este no pudo menos de aumentar la congestión por su acción estimulante, expansiva y escéntrica, pues que no fué precedido de medios á propósito para disponer favorablemente á su acción el sistema afectado, siguiéronse á estos síntomas los de

reumatismo y endocarditis, y si es cierto que el primero suele engendrar la segunda, no lo es menos que ambas enfermedades eran debidas á la misma causa, esto es, á las hemorroides anómalas ó desviadas, las que tan profundamente alteraron la circulación.

Considerando, pues, que sus ataques alternados de herpes, gastralgia, reumatismo y endocarditis eran debidas á una sola é idéntica causa, la desviación de su flujo hemorroidal, que recorría todo el organismo, provocando congestiones en diversas partes, dirigí mis esfuerzos al restablecimiento y fijación de ese molimen en su sitio natural, y empecé por prescribir una abundante aplicación de sanguijuelas en la márgen del ano, para desingurgitar rápidamente el sistema de la vena porta, aconsejando además cuatro todos los meses hasta ver reproducido el flujo, y propinándole asimismo los granos de salud del Dr. Frank.

El corto tiempo que hace se ha sometido este enfermo al espesado tratamiento, no permite recoger de él un fruto completo: sin embargo, hace algunos dias le apunta ya un flujo sero-sanguinolento, y el estado general es cada vez mas satisfactorio; pues todos los síntomas han desaparecido, menos los que se refieren al corazón.

De intento me he detenido mucho en esta observación, pues que ella sola resume y absorbe, por decirlo así, la mayor parte de las otras. Hémos pues ya en el caso de intentar recoger algun fruto de los diversos hechos referidos, completando así la historia clínica de la afección hemorroidal.

De las anteriores observaciones se deducen las tres proposiciones que dejara antes establecidas, á saber: la generalidad de la afección hemorroidal, la que además del último hecho demuestran los referidos con los números 8, 12 y 15; las relaciones directas de ella con las enfermedades de los órganos destinados á la digestión, de lo que se puede convencer por la lectura de los tres primeros casos, y finalmente sus relaciones indirectas con otros padecimientos, segun puede verse en todas las observaciones desde la 5 á la 15. Falta ahora, antes de proseguir, hacer ciertas aclaraciones y salvedades.

Pudiera acaso objetarse á estas deducciones que han sido hechas con sobrada ligereza, por ser corto el número de casos que presento; pero á esto contestaré que mis convicciones sobre este punto han sido la consecuencia de la reiterada observación de multitud de hechos análogos, pero que debia omitir y he omitido realmente en honor á la brevedad; por otra parte tengo muy presente aquel axioma *observationes perpendendae sunt, non numeranda*, y así aunque mi práctica sobre esto hubiese sido infinitamente mas limitada,

no por eso hubiera dejado de sacar iguales deducciones, toda vez que lo que viera lo hubiera visto bien.

Debo advertir además que al afirmar las relaciones que existen entre la afección hemorroidal y las demás enfermedades, no es mi ánimo reconocer á la primera siempre como causadora de las segundas, pues en algunos casos han sido sus efectos y en otros al coexistir ella con otros padecimientos, se ha relacionado con el, ejerciendo cierta influencia que era necesario consignar, para poder apreciar convenientemente el estado morboso y deducir el método curativo. Otras varias consecuencias se desprenden del relato de las precitadas observaciones, pero por abreviar este escrito me limitaré á esponer las principales al propio tiempo que emita mis ideas sobre la afección hemorroidal, tal como se deduce de los hechos.

Es menester estudiar con separación 1.º la *predisposición* que otros llaman *diatesis* ó *temperamento hemorroidal*; 2.º las *hemorroides confirmadas*; 3.º las *retropulsas*, y 4.º las *anómalas*.

Los rasgos característicos del temperamento hemorroidal son los siguientes: vida sedentaria; pues segun se ha visto por las anteriores observaciones, la mayor parte de los sujetos de ellas eran zapateros, tenderos, empleados en oficinas, frailes, boticarios ó personas que por disponer de bienes de fortuna considerables pasaban la vida en la holgazanería, en la indolencia y en la sensualidad; abuso de los alcohólicos y de los placeres de la mesa; sirva de ejemplo la observación 14; edad proveyta y vejez, lo que no excluye el hallarla en los niños y en jóvenes, segun demuestran algunos de los hechos precitados; pesares y pasiones de ánimo deprimentes, véanse como tipos los hechos 9 y 16; temperamento sanguíneo-nervioso; idiosincrasia gastro-hepática; color amarillo-rojizo, como el del zapatero que se describió con el número 1; dolores frecuentes en la region dorsal y sacra, que suelen estenderse por todo el abdomen, sensación de plenitud en el bajo vientre y hácia el fin del recto, estreñimiento, cámaras duras, con peso, ardor y prurito, sudores locales, erupciones herpéticas en diversos puntos, ganas continuas de orinar, estranguria, disuria, iscuria y de tiempo en tiempo aparición de tumores en el orificio intestinal, llamaradas al rostro y congestiones sanguíneas á la cabeza, pulmones, estómago; carácter ágrío, desabrido, presuntuoso, desigual, irascible, con tendencia á la soledad y á la tristeza.

Tal es el cuadro etiológico y sintomatológico de esta primera faz de la afección hemorroidal, que no es posible confundir con otros padecimientos, y que conviene tanto mas co-



nocer desde esta época, cuanto que en ella hay todavía multitud de probabilidades de curacion.

Ya he manifestado que la causa próxima de todos estos desórdenes es el estasis de la sangre en el sistema de la vena porta; mas las remotas son muy numerosas y variadas, y de algunas tengo ya hecho mérito anteriormente: consisten, pues, dichas influencias patogénicas, en el abuso de los purgantes y de las bebidas calientes, tales como el café y el té, en el de las lavativas (obs. 16) y en los escesos venéreos.

Los alimentos y bebidas escitantes y las diatesis artríticas, sifilíticas, etc., se erigen tambien en causas predisponentes, y así se ha visto el labrador objeto de la observacion 14 padecer alternativamente ataques de gota y de hemorroides. Cualquier presión mecánica que entorpezca la circulación abdominal puede obrar en el mismo sentido, y entre ellas las induraciones y los tubérculos mesentéricos en los niños, el embarazo en las mujeres, y las materias estercoráceas endurecidas y detenidas en los viejos, son las que en mayor frecuencia tengo vistas en mi práctica. A estas causas hay que agregar la herencia, de la que tambien he presentado un ejemplar notable (obs. 8).

He llamado ya la atención sobre las consecuencias de este estado patológico, enumerando las que principalmente habia observado; pero este cuadro es mucho mas complicado como entonces espuse, y efecto de esta multiplicidad y reciprocidad de relaciones de la afeccion hemorroidal con otras varias, es la importancia práctica que adquiere y á cuya demostracion dedicára este artículo.

Enumerando, pues, ahora dichos estados morbosos por el orden de su frecuencia y de su constante aparicion, al menos ateniéndome á lo que la esperiencia me ha enseñado, deben colocarse formando la escala siguiente: anoréxia, dispépsia, saburras ácidas, cardialgias, gastrálgias, cólicos, estreñimiento, hemorrea del recto é hipocondria, forman la primera série de relaciones directas.

La cefalálgia, los vértigos, ciertas neuralgias y muy especialmente la temporo-maxilar, las congestiones y apoplejias cerebrales, las coroiditis y la iritis componen la segunda série de relaciones indirectas.

Los herpes de todas clases constituyen por sí solos la tercera série, tambien indirecta, pero muy frecuente.

Los reumatismos, la gota, los zumbidos de oidos y las enfermedades del corazon y entre ellas mas particularmente el endocardias, ocupan en el orden que me he trazado la cuarta série.

Entran en la quinta el asma, las congestiones pulmonales y la tisis, sobre todo la larin-

gea, é inclúyense finalmente en la sesta todas las hemorrágias, tales como epistaxis, hemoptisis, hematemesis, metrorragia, etc., A estas seis séries hay necesidad de agregar otro estado orgánico especial que ha sido llamado por algunos acrimonia hemorroidal, y que consiste en la funesta tendencia que en virtud de dicha afeccion adquieren ciertos tegidos para supurar y desorganizarse. Triste prueba de esta verdad es el caso que motivó la observacion 11.

No terminaré esta parte relativa al estudio de los efectos de la afeccion hemorroidal, sin agregar algo á lo ya espuesto sobre la coroiditis y sobre la iritis. Con respecto á la primera, es para mi una verdad inconcusa que entre el tegido de la coroides y el del higado, entre la inflamacion de aquella y la congestion venosa de este, existen las relaciones mas innegables. Los oculistas alemanes, á quienes no puede negarse un severo espíritu de observacion, admiten en el ojo afecto de coroiditis una vascularizacion que llaman *abdominal*. Desmarrés en su exagerado amor al rigorismo del lenguaje se burla de esta denominacion, cuyo fundamento afecta no comprender, y aunque para mi es siempre muy respetable la opinion de este sabio oftalmólogo, no puedo menos de manifestar que con semejante nombre se espresa una idea altamente práctica, pues que él está destinado á recordar los estrechos vínculos que ligan la coroides al sistema de la vena porta y á un importante órgano central.

Bajo el aspecto etiológico: hemos visto que las pesadumbres y la congestion venosa del mencionado sistema originan la coroiditis (observacion 8 y 9); bajo el punto de vista semiótico es indudable que los síntomas generales concomitantes de la inflamacion de la coroides, son reveladores de la afeccion del sistema gastro-hepático, de tal manera que en su primer grado son estos solos los que absorven la atencion, faltando los locales en tales términos, que examinado el ojo cuando solo hay una simple congestion coróidea, parece hallarse completamente sano. Por último, si se atiende al tratamiento, vése curar esta oftalmia *sin colirios* (obs. 8) y en el mayor número de casos, con el método propio de la afeccion hemorroidal. Lo que se dice de la coroides es enteramente aplicable á la inflamacion del iris, aunque no tanto á la iritis serosa, como á la parenquimatosa y mas especialmente á la uveitis.

¿Quien podrá dudar de esta verdad recordando las relaciones anatómicas que entre ambas membranas existen, y las simpatias patológicas que entre ellas se establecen? ¿Quien ha visto una coroiditis de mediana intensidad y de alguna duracion en que la in-

flamacion no se trasmita al iris, á la córnea ó á la esclerótica ó á la retina?

Es importante, sin embargo, observar que si la coroiditis se ha desarrollado bajo la accion de una causa reumática, la inflamacion se trasmite generalmente á la esclerótica, en tanto que siendo debida á la afeccion hemorroidal se irradia mas comunmente al iris. Séame permitido deducir de esto, aunque sea de paso, un principio extraño á mi objeto, á saber: que las llamadas oftalmias específicas no pueden admitirse bajo el aspecto anatómico, si se exceptúa la sifilítica, en todo lo cual me hallo de acuerdo con Desmarrés; pero es importantísimo, y en esto discordamos, reconocerlas bajo el punto de vista clínico, pues que la especialidad ó la especificidad de la causa hace se reflejen ambos caracteres sobre la medicacion.

Continuando ahora estas reflexiones sobre los efectos de la afeccion hemorroidal, conviene recordar, para la mas fácil explicacion de los que se reflejan sobre el cerebro, ciertos hechos muy frecuentes y que todos hemos observado. Así es que una cena opípara, el dormir con ligaduras aplicadas al vientre ó aun los esccrementos endurecidos y detenidos en los intestinos producen idénticos resultados: el sueño agitado por sueños penosos; y ciertas perturbaciones en la inervacion general y visceral; ahora bien, como estas tres causas obran de idéntico modo, por el embarazo y entorpecimiento que oponen á la circulación abdominal, es muy sencillo creer que la afeccion hemorroidea, cuyo modo de obrar es semejante, determine los mismos efectos.

En cuanto á los herpes concomitantes de la afeccion hemorroidal, no pueden extrañarse si se recuerdan las simpatias directas que en los padecimientos biliosos, y aun en todos los del sistema gastro-hepático, se establecen entre este y la piel, y en la reconocida continuidad de tejidos existentes entre los que se han convenido en llamar tegumentos internos y externos. Por lo demás, ¿no son estas mismas las ideas que los mas concienzudos observadores abrigan acerca de la erisipela?

Bouillaud me escusa de detenerme mas de lo que lo he hecho en esponer los lazos que reciprocamente ligan al reumatismo con la endocarditis y con la afeccion hemorroidal, ¿como desconocerlos cuando esta consiste, como ya he dicho, en una lesion de circulación?

Lo que si considero mas conveniente es presentar las analogías que existen entre las consecuencias de los desórdenes de la menstruacion y los efectos de la afeccion hemorroidal: en uno y en otro caso vemos sobrevenir dispépsia, cardialgias, cólicos, cefalálgias, vértigos, dolores nerviosos, congestiones en diversos órganos, herpes, y finalmente

tendría que reproducir todo lo dicho y citar todas las enfermedades mencionadas, y colocando luego un cuadro al lado de otro, habría forzosamente que reconocer en ambas las mas estrechas analogías. De ellas se deduce un precepto de la mayor importancia, cual es el de respetar el flujo hemorroidal, ni mas ni menos que la menstruacion en las mujeres, y esto con tanta mas razon, cuanto que según se deduce de lo espuesto, dicha afeccion es con harta frecuencia la oculta causa de otras enfermedades cuyas influencias etiológicas no nos habia sido dado penetrar, corroborando además esta idea la observacion 15 destinada á presentar las hemorroides como críticas.

En los hechos anteriormente descritos pueden verse las consecuencias de las hemorroides confirmadas, ciegas ó fluentes, como tambien de las retropulsas, y finalmente de las anómalas, y no insistiendo mas sobre esto por no prolongar demasiado este escrito, voy á terminarlo con algunas consideraciones sobre el tratamiento de la afeccion hemorroidal.

Es evidente que aquel debe variar tanto cuanto las fases de esta; pero no entrando en mi objeto su completa descripcion, voy á limitarme á decir dos palabras sobre el uso del azúfre, que algunos consideran como específico, y el del áloes sucotrina que otros preconizan en todos los casos.

Una y otra cosa tiene sus inconvenientes, y aquí como siempre el diagnóstico debe preceder á la prescripcion. Si la enfermedad es algo antigua, si la congestion abdominal es ya considerable, estos medicamentos aumentarian la congestion, empeorarian el mal y agravarian sus consecuencias. En tales casos urge ante todo combatir el éstasis de la sangre, desingurgitando rápidamente el sistema de la vena porta por numerosas sanguijuelas aplicadas á la márgen del ano, y por la administracion interna de los extractos de taraxacon, celedonia menor, ciento en rama, etc., y solo despues de satisfecha esta indicacion, es cuando puede darse sin inconveniente el azúfre y el áloes, aplicando al ano periódicamente algunas sanguijuelas y solicitando por medios adecuados la aparicion del flujo retropulso. El olvido muy frecuente de tales preceptos es lo que ocasiona alguno de los incidentes generales y consecutivos descritos en las observaciones preinsertas. Atiendase, pues, al estado del enfermo y al momento de la enfermedad, para arreglar á estos datos nuestro tratamiento. Destiérrense esas medicaciones paliativas, impotentes y perturbadoras que se hallan en desacuerdo con tales principios.

No se olvide sobre todo el principal objeto á que he consagrado mi trabajo, destinado á patentizar las relaciones de la afeccion hemorroidal con otras muchas enfermedades,

de las que en numerosos casos es la causa oculta y desconocida.

Mucho gusto tendria en completar este escrito con algunas autópsias, pero siendo estas poco frecuentes en la práctica particular, no me autorizan las que he practicado para sacar de ellas deducciones generales. En este caso he creido preferible dejar intacto lo relativo á la anatomía patológica, toda vez que para obrar del modo opuesto tendria que substituir á la verdad mis ideas preconcebidas, siendo así que aquellas y no á estas es á la que me he complacido siempre en tributar el mas religioso y deferente culto.

La Roda 24 diciembre 1858.

PASCUAL HUNTAÑÓN.

Patología general y tratamiento de la pneumonia aguda por John Hughes Bennett.

Por una inadvertencia de la imprenta, se anunció que el último artículo que publicamos acerca el tratamiento de la pneumonia, era la conclusion del trabajo de M. Bennett. Si bien la traduccion que insertamos en este número no añade nada nuevo á lo que llevamos publicado, cumple decir, que los artículos anteriores, no son mas que los preliminares necesarios, para la comprension del que damos á luz, único que figura en el cuerpo de los estudios clínicos en la obra del sábio catedrático de la escuela de Edimburgo.

La patología de la pneumonia está comprendida en lo que hemos espuesto anteriormente al hablar de la exudacion, pág. 156 y mas especialmente pág. 276. (Véanse los números 107, 125, 148, 150, 153, 154, 156, 157 y 159 de LA ESPAÑA MÉDICA en los que hemos insertado las nociones á que se refiere M. Bennett al citar dichas páginas de su obra.) La lesion consiste en el derrame del *licor sanguinis* dentro las vesículas aéreas, tubitos bronquiales y parenquima pulmonar. Puede no obstante suceder que el desarrollo de la exudacion haya durado muy poco, y que la veamos limitada á unas cuantas vesículas y á los tubitos bronquiales que estén en relacion con ellas. Tal es la pneumonia *vesicular*. Puede en otros casos comprender un lobulillo ó ocupar todo un lóbulo, constituyendo lo que llamamos pneumonia *lobular* y *lobar*. En otros casos, el fenómeno esencial de la inflamacion, esto es la exudacion, ha tenido lugar según puede distinguirse por una atenta observacion del tegido pulmonar, al derredor de unas cuantas vesículas aéreas en forma de pequeñas granulaciones. Alguna vez la pneumonia vesicular, se presenta en forma de pequeñas induraciones que se palpan en el pulmon y que varían desde el tamaño de un grano de mijo al de un guisante, su color á menudo es encarnado, alguna vez amarillo y en este

último caso esponen á que se las equivoque con los tubérculos. Dichas pequeñas induraciones, sin embargo, al fin se reblandecen y se convierten en pus, como sucede en las demás formas de la pneumonia.

El examen microscópico del tejido pulmonar nos demuestra desde luego, que las vesículas aéreas, los tubitos bronquiales y el tejido areolar, están infiltrados por una exudacion molecular y granulosa, la cual muchas veces se amolda completamente á las vesículas y bronquios, pudiendo separarse de unas y otros cuando se lavan ó comprimen con algun cuidado.

Remark hace notar que frecuentemente esas especies de vaciados se espectoran enteros, y que pueden ser separados de la materia gelatinosa con la cual van unidos, echando el contenido de la escupidera en una cantidad de agua y batiendo los filamentos ramificados. Cuando estos son grandes, ofrecen una exudacion fibrosa, en la cual hay embebidos algunos corpúsculos de pus en estado incipiente, junto con un número mayor ó menor de células epiteliales.

Esas cantidades de materia exudada, cuando permanecen en el pulmon, se transforman en pus de la manera acostumbrada (Véase los números 148 y 150) acaban por experimentar una disgregacion, son absorbidos, llegan á la masa sanguínea, donde sufren varios cambios químicos, hasta que por último son eliminados de la economia, principalmente, por medio de los riñones. Ora bien, si por la estension de la enfermedad ó por la debilidad del enfermo, el curso natural de la dolencia se interrumpe, el paciente puede morir; ya por la imposibilidad de excretar las materias inútiles contenidas en la sangre, ya por la interrupcion de las funciones respiratorias. Si la exudacion se limita en estension, ó si desde el principio se ha fraguado de una manera débil, puede ofrecerse el caso de lo que llamamos una pneumonia crónica. En tales circunstancias los corpúsculos purulentos y epiteliales del tejido pulmonar, pueden sufrir la degeneracion grasienta y resultan un gran número de células granulosas. Si hubiere habido extravasacion de sangre y se hubiere mezclado con otras formaciones ya descritas, se encontrarán allí muy á menudo, cristales encarnados de hematina, corpúsculos de sangre rodeados de una capa de materia albuminosa y presentará las numerosas transformaciones propias y peculiares de la extravasacion, y que ya dejo esplicadas en otra parte.

En un trabajo recientemente publicado por el Dr. Todd, (Beale's Archives of Medicine No. 1.º, p. 2.ª) observa «Que cuando un enfermo está afectado de pneumonia, la tendencia por parte del pulmon, es á convertirse en

un órgano sólido; que entonces puede tener lugar la formación de pus y por último, infiltrándose este en la estructura del pulmón lo destruye y lo disuelve. Estos son los cambios que tienen lugar cuando la enfermedad sigue un curso malo. Por el contrario, se observa el restablecimiento del enfermo: ora porque no se complete la hepatización, ora por la rápida remoción de los productos exudados, ya hayan sido absorbidos, ya hayan sido disueltos e inmediatamente espelidos del interior de los pulmones.»

Yo he tomado como objeto principal de mi atención, la manera por la cual la exudación es absorbida, y he examinado frecuentemente los pulmones en el cadáver, cuando se hallaban en el estado de hepatización roja, aprovechando la coincidencia de neumónicos que fallecieron de una hemorragia cerebral ó de otra enfermedad cualquiera. En algunos pulmones he hallado la pneumonia en todos sus estados, incipiente en algunos puntos, con solidificación y coloración encarnada del órgano en otros, gris y purulento en otros. En todos estos puntos se ha podido observar la formación gradual del pus.

En la hepatización mas solidificada, podían percibirse células de pus recientes, algunas de las cuales empezaban á formarse; por lo que me convení, de que la exudación es siempre el agente de la formación del pus, en una palabra, que la transformación de aquella constituye el curso normal de la enfermedad. No conozco ningún ejemplo en el que la exudación coagulada, haya experimentado una mera disgregación, y haya sido absorbida sin previa formación de células purulentas, y yo concibo que todas las razones de analogía, así como todas las observaciones directas estén en pugna con tal suposición. De aquí se sigue que cuando la formación del pus es evidente, lejos de constituir una marcha desfavorable del mal, es la transformación normal y necesaria de la exudación solidificada, la cual, por medio de dicha metamorfosis, se disgrega y es absorbida.

Anteriormente he tratado de demostrar con alguna latitud, que los principios por los cuales nos habíamos guiado hasta ahora en el tratamiento de las inflamaciones internas eran erróneos. La averiguación de los resultados del antiguo tratamiento de la pneumonia aguda demuestra: que el tratamiento antiflogístico tal como se empleaba en el pasado, daba una mortalidad de 1 por 3; que el tratamiento por el tartaro estibiado á altas dosis daba 4 defuncion por cada 5 casos; que en el tratamiento por las sangrias moderadas se perdía 1 enfermo por cada 7, y que la terapéutica dirigida á favorecer el curso natural de la dolencia, tal como la dejo explicada, habia dado en mi práctica, la mortalidad de 1 por 21.

Desde entonces he tenido otros cuatro casos de pneumonia, lo que eleva la suma de los tratados en mi enfermería, hasta la cifra de 69, de los cuales solo se perdieron 3, dando una mortalidad de 1 caso por cada 23. Todos los que sucumbieron presentaron complicaciones segun he dicho en otra parte; en vista de lo cual he deducido: que la pneumonia, que recae primariamente en personas de buena salud, lejos de ser una enfermedad peligrosa, terminará casi siempre bien, si se evita que se agoten las fuerzas: asegurando el descanso, proscribiendo los remedios debilitantes, administrando algunos salinos y diuréticos, para facilitar la escresion de los productos morbosos y dando vino y algunos alimentos, si el pulso se mantuviera debil. El dolor local puede aliviarse por medio de las cataplasmas y fomentos calientes.

Al paso que creo que tal es, por ahora, el mejor tratamiento de la pneumonia aguda, no me es permitido negar, que muchos casos han ido bien y con rapidez cuando se ha empleado la sangria moderada. En efecto si se sacan de doce á diez y ocho onzas de sangre de un sugeto fuerte y vigoroso, durante el primero, segundo ó tercer dia de la enfermedad, á menudo disminuye por algun tiempo: así la disnea, como los demás síntomas locales. Pero si la pneumonia existe realmente, esto es: si la exudación se ha verificado, no tenemos prueba alguna de que la enfermedad haya disminuido ó haya experimentado ningún beneficio de esta práctica. Mientras entonces parece, que no tiene ninguna ventaja real, puede haber la duda de que en muchos casos en los cuales hay debilidad ó necesidad de conservar la integridad del organismo, que aquella práctica prolongue la convalecencia, y si se ha llevado al extremo, pueda hacer terminar la dolencia de una manera fatal. Todavía la sangria muy corta, de unas ocho onzas, por ejemplo, puede usarse como un paliativo, teniendo siempre cuidado de no emplearla en los individuos cuyo pulso es debil y blando, y cuya constitucion es endeble, á los cuales se les debe conceder el alimento y sujetarles al otro tratamiento ya descrito.

Los casos sin embargo, que requieren una deplecion tan modificada, deben considerarse como sumamente raros. Del mismo modo ciertos pulmoniacos pueden evitar algunos males por medio de la salivacion mercurial; pero no se ha demostrado todavía, que este medio sea siempre benéfico ó que acorte la duracion de la enfermedad.

JOSE AMETTLER.

Retiramos gustosos una parte del original dispuesto para el presente número, á fin de poder publicar íntegro el siguiente discurso

pronunciado por el Sr. D. Pedro Mata en la sesion pública de la Academia de medicina y cirugía de Castilla la Nueva, de que ya tienen noticia nuestros lectores.

HIPÓCRATES Y LAS ESCUELAS HIPOCRATICAS.

Æstimes juditia non numeres.

SÉNECA, Epist. 39.

Hay en las ciencias médico-filosóficas asuntos que no se agotan jamás.

Son como el pilión de esas fuentes naturales y perennes que brotan al pie de los peñascos, de donde mana mas agua cuanta mas agua se extrae.

Uno de esos asuntos siempre fértiles, es Hipócrates. Por eso le he escogido para tema de mi discurso, hoy que el reglamento de la Academia, no mi voluntad, me ha conducido á esta tribuna.

¿Y que podrás decirnos ya de Hipócrates, pensará seguramente cada uno de los que me honran con su atención benévola, cuando tantos y tan señalados autores, estranjerós y nacionales, se han ocupado en la persona y escritos de ese famoso Asclepiade de Stankó?

¿Que novedad podrá tener para nosotros españoles como somos, cuanto sobre Hipócrates discurras, cuando precisamente los hijos de la Península Iberica rayamos muy alto en punto á traduccion, esposicion y comentarios de esos perdurables escritos, que, no solo se han salvado de la tea incendiaria de los Varron, los Teodosio, los Caracalla, los Omar, ú otros funestos sectarios del impostor profeta de la Meca, sino tambien de las vandálicas invasiones que ha hecho el error, todos los siglos desde las volubles zonas de las hipótesis, teorías y sistemas, en los modestos y seguros campos de la medicina práctica?

¿Te has olvidado, por ventura, de que los españoles hemos sido siempre hipocráticos; que en el siglo XVI, sobre todo, hemos podido esculpir tambien y con mas razon que la escuela de Montpellier, en el frontispicio de nuestras universidades?

¿Olim Cous; nunc hispaniensis Hippocrates?

¿Traes acaso la pretension de ostentar tus conocimientos en el idioma de Ciceron, Quintiliano, y Celso, para eclipsar como traductor las versiones que del antiguo dórico hicieron en la lengua del Lacio, los Foecio, los Rayhena y los Van der Linden?

¿O aspiras, tal vez, como mas hábil conocedor de los ya muertos dialectos griegos, á arrebatarse la gloria todavía palpitante de Litré, el mas moderno traductor y comentador del hijo de Heráclides y Praxitea, ya para interpretar mejor los pasages oscuros de sus escritos, ya para llenar los vacios que torpes copistas pudieron dejar en ellos, ya en fin, para investigar con los reactivos de la crítica, las verdaderas y genuinas producciones de ese inmortal descendiente de Hércules y Esculapio?

No os atormentéis, señores, la imaginacion con esas alarmas y sospechas suscitadas por la veneracion que os inspira todo cuanto se refiera á ese nombre histórico, que se van legando las generaciones médicas como paladion de sus principios,

como *sancta sanctorum* de sus doctrinas, como *arca salvadora* de sus virtudes, flotando siempre incólume en los revueltos hombrós de los diluvios, donde se anegau los réprobos forjadores de sistemas, con sus desatentadas concepciones.

No vengo á hablar de Hipócrates, bajo ninguno de esos aspectos. Bajo esos puntos de vista, la materia está agotada, agotadísima: el manantial se encuentra seco. Quien se empeñe en buscar en él algo nuevo, con humillacion de sus altaneras pretensiones, tan solo podrá recoger en las desnudas márgenes de ese árido Cedron, un puñado de arena enjuta, cantos rodados y achatadas pedrillas, cuyo flotante musgo peinó un tiempo caudaloso raudal de comentarios y paráfrasis, tan vocingleras como estériles.

No voy á hablar de Hipócrates, ni como traductor, ni como espositor, ni como comentador de sus libros y doctrinas. Siquiera se califique de mas arrogante mi propósito, me presento con la idea de fundir en el inexorable crisol del libre exámen, los principios médico-filosóficos de esa reputacion secular, llevada á la apoteosis por sus ardientes idólatras, y los que han profesado los hipocratistas de todos los tiempos y paises; con el objeto de saber en definitiva, si ha de salir de esa efusion un riel puro, dúctil y maleable, ó una escoria esponjosa, quebradiza y completamente inútil para la humanidad doliente.

Siéntese ahito ya, señores, mi entendimiento de tanto oírhablar de Hipócrates, de ese hábil colector de tablas votivas colgadas en los templos de Coos, Cnido y Rhodas; de ese diestro centon de máximas enseñadas en los Asclepiones y Gimnásios; de ese vástago arrancado del árbol filosófico de Jonia y de Crotona, á quien se empeñan exagerados panegiristas en presentarnos, no solo ya como padre de la medicina, suponiendo que nació entera y acabada en él, como Orion, de la piel de buey inmolado por Enopeo en el banquete que dió Júpiter á Neptuno y á Mercurio; sino como padre sin sucesion viáble, que al descender al sepulcro abierto á sus restos en la tierra de Tesália, rota la turquesa en que fué vaciada por el Altísimo, avaro de su génio y sus talentos, se los llevó al Tártaro ó al Olimpo, dejando á todas las generaciones sucesivas, desprovistas del acierto, inaccesibles al progreso y atadas como Prometeo al cáucaso de la esterilidad, roidas por el buitro del espíritu innovador que las gasta tanto mas, cuanto mas las picotea.

Cada vez que los vientos del entusiasmo levantan en arrebatado torbellino el antiquísimo polvo de esos manes, arrullados por las Náyades del Salambria, se nos abruma y marea con las tan hiperbólicas, como aquel trozo de epitáfio que los Tésalos, contemporáneos de ese Asclepiade, ahuecaron en su túmulo, y que traducido del griego al latin por Tomás Moro, dice:

Te, salus, Hippócrates, Cous genere, hac yacet urna.

Si hubieramos de acceder á las apasionadas pretensiones de ciertos apologistas, tendríamos que venerar los libros de Hipócrates, como veneran los Yndus, los *Vedas*; los judíos, el *Talmut de Babilonia*; los cristianos, las *Sagradas escrituras* y los musulmanes el *Koran*.

Tendríamos que decir de esos libros lo que puso Mahoma en los primeros versículos del capí-

tulo 2.º del suyo, titulado *La Vaca*: «Hé aquí el libro sobre el cual no cabe duda: él es la direccion de los que temen al Señor: ellos son los solos bienaventurados.»

Tendríamos, en fin, que imitar al califa Omar, cuando preguntado por Amrú, otro de sus generales, qué debia hacer de la biblioteca de Alejandria, pedida por Juan el Gramático, el bárbaro africano le contestó que, si aquellos libros decían lo mismo que el Koran, eran inútiles; si lo contrario perjudiciales, y por lo tanto que los arrojárá al fuego.

Si en la república de las letras hubiera tambien, como allá en la antigua Atenas, la práctica del ostracismo, y se tratara de Hipócrates, creo que tanta exageracion me volveria capaz de escribir ese manoseado nombre en la ostra, diciendo al que por ello me rearguyese, lo que aquel rústico vecino del Pireo, al justo Aristides: «voto el destierro, porque ya estoy cansado de tanto oír hablar del *Grande Hipócrates*.»

Moderad vuestros ímpetus de disgusto, los que juzgueis irreverentes mis palabras, al mentar de esa manera al fundador de la escuela dogmática. Templad vuestra ardorosa veneracion con unas cuantas irrigaciones de tolerancia; no me llameis iconoclasta, si empujo el zócalo donde se levanta la estátua de vuestro ídolo, y no creais que á la manera de Paracelso, venga aquí á echar á las brasas de una hornilla los venerandos escritos del Asclepiade de Coos mas histórico, como única refutacion de su importancia.

Esa especie de cohetes á la *congreve* que lanzo al campo hipocratista, no constituyen todo mi arsenal, y si me sirvo de este sitio, como de batería, es precisamente porque las buenas reglas de toda estrategia exigen que se hagan disparos desde donde se pueda abrir mas anchá brecha.

La Academia de Castilla aspira á salir de su letargo; cansada de agotar sus fuerzas en sesiones privadas y negocios médico-forenses, quiere que se abra un palenque científico, donde crucen cortésmente el cuento de su lanza los mantenedores de las diversas doctrinas que hoy día se disputan la primacia en el campo médico-filosófico, y yo, que á pesar de sentir ya las brisas del Guadarrama de mi vida, todavia conservo algun apego á las justas y torneos de todas clases, que allá en años mas floridos formaban las delicias de mis ócios, quiero ser el primer justador que entre cabalgando en ese palanque, y alzada la visera desde luego, os manifesto quien soy y á lo que vengo, si ya no os lo dice bastante el color de mi penacho, el mote de mi escudo y la intencion de mi divisa.

Nos encontramos, señores, en la tercera restauracion de la medicina hipocrática. Hoy no son los prófugos de Constantinopla, prohijados en Italia por Leon X, los que exhuman las cenizas del memorable nieto de Nebro. Tampoco son delirios de Paracelso y Vanhelmontio, ni empachos de yatroquimia y yatomatemática, los que suprimen dos mil descientos años para volvernos á la olimpiada octogésima tercera.

Hoy torna el hipocratismo en alas de una reaccion política, empeñada en desenterrar todos los fósiles y en galvanizar todas las mómias que sepultó en el panteon de los tiempos el siglo XVIII.

El gran péndulo del movimiento intelectual

ha oscilado, desde principios de la edad moderna hácia la observacion de los hechos y fenómenos; en el pasado siglo tal vez llegó á su máximum, y ahora viene oscilando hácia el extremo opuesto.

Esas oscilaciones incessantes son las manifestaciones esterioras de una gran ley, contemporánea de la creacion del hombre. La historia las tiene señaladas en sus páginas, como señala el nivel de sus inundaciones el Nilo, en los erguidos obeliscos que se lanzan á la region del águila desde las llanuras de Memfis y del Delta alejandrino.

Pero esa ley de gravedad intelectual que impulsa alternativamente aquel gran péndulo del uno al otro extremo, de la análisis á la síntesis de lo particular á lo general, de lo objetivo á lo abstracto, de la materia al espíritu, no le hace trazar líneas bilaterales sobre el mismo plano como las de esas máquinas estacionarias que nos construimos para contarnos las breves horas de nuestra permanencia acá en la tierra. Se las hace describir diagonales del uno al otro extremo, y siempre avanzando sobre planos diferentes, como las zanjas que conducen las baterías al pié de las murallas sitiadas; porque la vida de la humanidad como la del individuo, no es, ni puede ser estacionaria; es un sér colectivo de continuo desarrollo, y este es incompatible con oscilaciones perpendiculares al mismo centro de suspension.

La reaccion que hoy se levanta y que tanto *forcejea* para apoderarse del mundo civilizado, no solo pretende que el entendimiento humano oscile sobre el mismo plano, como el péndulo de nuestros relojes, sino que se esfuerza en que lo haga en diagonales retrógradas: de aqui el agitar todos los osarios, no tanto para compensar desigualdades, como para fomentarlas, en puro beneficio del extremo que mas conviene á sus miras.

Esa reaccion funesta se ha dejado sentir, primero, en el campo de la filosofía, y si hay quien, al abrigo de aquella, suñe en volver á los tiempos en que esa antorcha de la humanidad era la *ancilla teologia*, no faltan otros que con mas éxito la han convertido en la *sierva de la política*.

Hecha la reaccion en el campo filosófico, ha debido haberla por igual en el de las ciencias especiales, cuyas concepciones respectivas son siempre el genuino reflejo de las de aquel: ley fatal para la que no tiene fuero escepcional la medicina.

Era de ver, que resucitado en el mundo filosófico el espiritualismo, que evocadas las sombras de Pitágoras, de Platon y de Descartes, habia de resucitar tambien, en las ciencias médicas, el vitalismo, y evocarse igualmente las sombras de los Sthal, de los Burdeu y los Barthez, y como quiera que haya habido muchos vitalismos, á cuajmas estrambóticos y desacreditados, era una necesidad vestir al del siglo XIX con alguna túnica sagrada ó venerable. De aqui la restauracion del hipocratismo, la ovacion de la doctrina de Hipócrates, la que gracias á una negacion completa de lógica y espíritu analítico, se considera por los médicos hipocratistas como el polo opuesto al materialismo en filosofía y fisiología.

Si los que tanto y tan hiperbólicamente hablan de Hipócrates, reflexionáran como es debido,

acerca de los principios filosóficos y médicos de ese profesor coaco, no pensarían seguramente en desenterrarle de nuevo para trasladarle, desde el panteón donde brilla con su excelencia relativa, á un altar de nuestros tiempos, en el que ha de representar forzosamente el papel más desairado. Una mómia de los tiempos de Sesóstris se conserva perfectamente en los arenales de la Livia; trasladada á los museos de Londres ó París, se torna en polvo.

Hipócrates en la olimpiada octogésima tercera es una gran figura; en el siglo XIX es una figura vulgar, que hace dudar de su talla, consignada por la historia.

En el modo de considerar á Hipócrates, señores, hay un estravío muy general que debe ser corregido. Tiempo hace que lo tengo estampado en una de mis obras médico-filosóficas, y como veo que muchos no se enmiendan, no estrañéis que me repita.

Hipócrates es considerado por muchos como el inventor, como el padre de la medicina. A los esfuerzos de todo profesor que se empeña en hacer dar un paso á la ciencia por medio de una nueva concepción, fundada en hechos nuevos, siempre se le opone la grande autoridad de ese patriarca del arte. Todos le conceden un excelente espíritu de observación, una perspicacia superior á la de todos los demás médicos, y siempre que, á falta de otras pruebas, ó como complemento de ellas, se necesita dar paso á la balanza con un nombre histórico, secular, cuya doctrina sea inatacable, como producto de la experiencia, ois pronunciar con acatamiento supersticioso el nunca olvidado nombre del anciano de Coos.

Si el famoso discípulo de Herodias y de Gorgias con sus instructivos viajes á la Tebaida, Macedonia, Tracia y Escitia, pudo añadir en vida resplandor á la aureola que le daba su carácter de oriundo de Hércules ó Esculapio, descendido al sepulcro, cuando ya no ha quedado en el mundo material más que sus obras tan celebradas, ese hombre afortunado recibe de cuando en cuando los honores de la más estrepitosa apoteosis: van sus admiradores hasta el extremo de negarle la falibilidad, y antes prefieren calificar de apócrifos los escritos donde no están en armonía los errores con la gran reputación de su ídolo, que consentir que esa reputación tradicional, que ese astro antiguo, que ese sol griego tenga en su resplandeciente disco mancha alguna.

En cada paroxismo de entusiasmo que tiene la intermitente idolatría hipocrática, Hipócrates es atacado y reconocido como la única lumbrera de la ciencia; como la columna de fuego que guía al pueblo predilecto por el desierto hacia la tierra de Canaan; como la resplandeciente estrella que condujo á los tres reyes magos, desde el Oriente á un pesebre de Belen, donde plugo al Padre Eterno que naciera, para salvar al mundo, un vástago de la casa de David.

Siempre que se cansan de teorías y sistemas los espíritus, ó por mejor decir, siempre que las teorías dominantes no alcanzan á comprender todos los hechos en aquel lecho de Procusto, y una especie de escepticismo ó de duda hace volver los ojos tan solo á lo que arroja la práctica, siquiera

sea la más empírica, Hipócrates es el dios antiguo, á quien erijen un ara de respeto y adoración las Magdalenas, arrepentidas de haberse prostituido en el templo de Epidauro.

¿Hay razón, señores, para proceder de esa manera? ¿Fue verdaderamente un caos la medicina anterior á Hipócrates? ¿Pudo un hombre por sí solo, sin antecedentes, sin tradiciones, elevarse á tanta altura, y sobre todo, como práctico, como amaestrado por la experiencia propia; él, que en su primer aforismo confiesa, que el arte es largo y la vida breve?

No, señores; todo menos que eso.

Cualquiera que haya estudiado con alguna detención los escritos de ese célebre Asclepiade, y no se haya concretado, durante tal estudio, al autor de esos escritos, no opondrá gran resistencia á la convicción de que Hipócrates debe ser mirado bajo dos aspectos muy diversos. Hipócrates es algo más que un individuo, es una época. Hipócrates no es el inventor ni el padre de la medicina; es la síntesis de las doctrinas de sus tiempos y de los que le precedieron; es el Alberto Haller de la olimpiada octogésima tercera; es, como diría Black, un gran río, cuyas aguas se aumentan con las de otros ríos y riachuelos confluentes, que van á desaguar en él; es, en fin, una de esas glorias deslumbrantes, que deben sus colosales proporciones al tiempo en que aparecen.

Un individuo, por privilegiada que sea su organización, reducido á su individualidad aislada, nunca es histórico. Su nombre, si es que llega á tenerle, muere con él, y muy á menudo, antes que él; porque en sus páginas de estrecho espacio, la historia no escribe sino los actos de la multitud, ó de los que son sus intérpretes cabales.

Hipócrates no ha llegado hasta nosotros con el vigor perdurable de una tradición científica por su individualidad, por su saber y sus talentos propios. El tiempo tiene de sobra con dos siglos para reducir á polvo todos esos vestigios de un hombre.

Hipócrates se hace contemporáneo en todos los siglos, porque él es más que un siglo; porque en ese nombre se encierra toda una historia: la historia de la medicina oriental; porque, en fin, la oportuna aparición de ese grande hombre, es una huella que ha estampado la humanidad en su progresiva marcha.

Estudiar á Hipócrates como un individuo aislado de sus antecesores y coetáneos, como un sábio que nada debió al trabajo ajeno, que todo lo alcanzó por sí mismo y con su experiencia propia, podrá ser la exaltación de sus talentos, la hipérbole de su génio, pero jamás la verdad; y si se hace honor al mérito del hombre individual, se rebaja de un modo considerable el envidiable papel de hombre histórico; se exalta á la persona, pero se deprime al representante de una época.

La celebridad de Coos perdería mucho de su brillo, si fuese maravillosa y poética. Borrada de la cronología las escuelas de Cnido y de Crotona, y la escuela de Coos deja de ser un hecho histórico, deja de ser una verdad, pasa á ser un mito.

Ni los hombres nacen adultos, ni las instituciones acabadas. La edad adulta presupone la juventud; la juventud la infancia. Solo Minerva ha

brotado adulta y armada del muslo de Júpiter Olímpico, y aun para eso es menester lanzarnos á los reinos de la fábula.

Los que opinan que Hipócrates lo hizo todo, que encontró una literatura pobre, que se vió en medio de una turba de filósofos ocupados en sutilezas y argücias, y que gracias á su solo génio, no solo concibió un nuevo método filosófico, sino que se constituyó punto de partida de todo hecho médico; debiéndose todo á su observación, profesan la más peregrina de las opiniones, y establecen principios que están en completo desacuerdo con la reflexión y con la historia.

Hipócrates, como me sería fácil demostrarlo con pormenores, si la ocasión lo permitiera, y como lo he demostrado en otra de mis obras, no fué más que la continuación de los filósofos y médicos anteriores y coetáneos suyos.

Baste decir aquí para mi propósito, que floreció en el apogeo de la civilización griega. Los nombres de las celebridades de que fué contemporáneo son una prueba evidente de que vivió en tiempos de grande actividad en todo género.

Hé aquí esos personajes:

En filosofía, Sócrates y Platon.

En política Pericles.

En historia Tucídides.

En bellas artes, Fidias, Sófocles, Eurípides y Aristófanes.

Un siglo floreciente de esa suerte, no se improvisa. La brillantez que irradia es el resultado de la acumulación de luces que habian ido despidiendo los siglos anteriores.

No está solo en eso el grave error en que han incurrido muchos, tanto inductos como doctos, respecto al modo de considerar á Hipócrates. Se le atribuye una filosofía médica que no tuvo y que ninguno de sus libros justifica, ó por lo menos, se la violentan de tal modo sus partidarios, que vienen á sacar consecuencias diametralmente opuestas al espíritu de esa filosofía.

La historia de esta ciencia no señala á Hipócrates como autor de una concepción original. Desde Thales de Mileto á Platon y Aristóteles, no suena Hipócrates como jefe de ninguna escuela filosófica.

Thales desgaja del árbol teocrático la rama de la filosofía; la planta en el campo de la libertad del pensamiento, y la rama se hace un árbol, á cuya sombra vá á cobijarse la humanidad, como punto más avanzado.

Thales estudia el mundo, el universo; no hay nada más para él que materia; el origen de esta, la causa fundamental de todo es el agua. Los sentidos son los instrumentos de su lógica; los fenómenos en sí el objeto de su estudio; el método á posteriori, el experimental, la consecuencia forzosa de esa filosofía.

Anaximandro sigue el rumbo de Thales, proclamando el infinito.

Anaximenes esplica este infinito y le dá un nombre, es el aire.

Heráclito le reemplaza con el fuego.

Demócrito y Leucipo desmenuzan el universo en átomos dotados de tal actividad, que todos los fenómenos de la naturaleza son resultados de la combinación infinitamente variable de esos átomos.

La filosofía de todos esos sábios es natural, físi-

ca, materialista. La estrecha distancia que los separa del misticismo oriental y la lógica de los sentidos, no puede dar otro resultado.

La ciencia demanda un impulso por la vía de la especulación; el espiritualismo empieza á agitarse en el seno de su óvulo. La escuela de Mileto no puede darle calor. Los Jónios no pueden favorecer su desarrollo.

Establécese Pitágoras en Crotona, y proclama como fuente de verdad, el entendimiento. Los sentidos son súbditos de la razón; esta es primero que ellos. Estudia también el universo: Pero con el raciocinio. Busca las relaciones de los fenómenos; su método es el *á priori*. Mira el mundo como una armonía, como un todo, y á fuer de genio eminentemente matemático, proclama los números como causas activas. La unidad es la perfección, la pluralidad, la imperfección.

El espiritualismo se inaugura; su óvulo está fecundado; aparece en el horizonte filosófico como un pálido rosicler; no es aun el día; es el crepúsculo matutino, que apenas se distingue de la noche.

Xenofanes exalta todavía mas que su maestro la unidad.

Parménides se olvida completamente de la pluralidad.

Zenon la niega.

Esta negacion es una brecha, por donde se precipita un torrente tumultuoso de sofistas.

Trábase encarnizada lucha entre los Jónios y los Eleáticos procedentes de Crotona. Se desacreditan recíprocamente, porque unos y otros tienen en sus baluartes anchas grietas.

Anaxágoras de Clazomene, filósofo jonio, hace concesiones á la escuela pitagórica.

Empedocles de Agrigento, filósofo eleático, las hace á su vez á la escuela de Mileto, y el electicismo, con esas dos influencias, tiene su período de ser y de dominio.

Otra nube de sofistas malogra esos esfuerzos de conciliacion, que no alcanzan á realizar el pensamiento progresivo, y de esa nube se desprende una figura colosal, escéptica respecto de lo pasado, creyente respecto del porvenir.

Esa figura es Sócrates.

En alas de la duda aparece el hijo de Sofronisco, y es una especie de dios Jano con dos caras; una especie de Briareo, que abarca con ambas manos los extremos del mundo filosófico.

Sócrates enlaza la edad antigua con la moderna; mejor diré: Sócrates es el fin de las primeras épocas del mundo, y el principio de las segundas. La filosofía, que de teocrática, mística ó mitológica, pasó con la concepcion de Thales, á natural ó física, con la duda de Sócrates se transformó de natural en humana. Primero, los dioses ó los símbolos; luego la naturaleza; al fin, el hombre; hé aquí los sucesivos objetos del estudio filosófico, desde el principio de la creacion hasta Sócrates.

De la escuela de este sale Platon, y viene á ser su discípulo Aristóteles. Desaparecen estos dos grandes géneos, y Alejandria hereda la celebridad de la Grecia.

¿En dónde está, señores, el cuadro de Hipócrates en esa larga galería de jefes y prohombres de las escuelas filosóficas? Tendría que estar colgado entre Sócrates y Platon.

Hipócrates nació 440 años antes de Jesucristo, y murió á 370.

Sócrates á 469, y bebió la cicuta á 399.

Platon á 429, y falleció á 348.

Aristóteles nació en 384; habia cumplido 14 años cuando Hipócrates fué á dormir el sueño eterno en las tierras de Larisa. Todavía no era jefe de escuela; todavía no habia dicho aquellas famosas palabras: *Amigo de Platon, pero mas amigo de la verdad.*

Puesto, pues, que Hipócrates no suena como jefe, ni como prohombre de ninguna escuela filosófica, ni antes ni despues de su muerte, veamos cuál fué su filosofía; á cuál de las banderas, flotantes á la sazón en Grecia, se alistó.

Os he trazado á grandes rasgos el curso de la filosofía desde Thales á Sócrates, y el giro que iba á tomar ese sol de la inteligencia humana en la escuela de la gran víctima de los Licon, los Melito y los Aristófanes.

Hipócrates alcanzó ese tiempo de progreso filosófico; pudo y debió beber en la fuente socrática el espíritu eminentemente juicioso, del que volvió humana la filosofía, reproduciendo el *conócete á ti mismo*, de la escuela de Mileto.

Hipócrates estuvo en Atenas; allí estudió, y nada tiene de violento que, retirado luego á Coos, desenvolvese con la maestría de su talento y de su genio, mas propio para la práctica que para la especulación, los principios filosóficos de Sócrates, y bajo su influencia, elevase á un grado de fusión mas acabado, las doctrinas médicas de las escuelas rivales, de lo que pudieron conseguirlo anteriormente los filósofos de Clazomene y Agrigento.

Sócrates, ese personaje tan histórico, esa representación de una idea, la mas elevada de cuantas habian sido analizadas, ese resumen de todos los siglos pasados, esa expresión genuina de los adelantamientos que la inteligencia griega habia hecho, nos explica perfectamente la venida y la reputacion del gran médico de Coos.

Hipócrates viene á ser el Sócrates de la ciencia de curar. Empapado del espíritu socrático, tiende á establecer en el arte un método filosófico análogo.

Como Sócrates, las teorías encontradas de los filósofos inmediatos á él, Hipócrates tuvo lugar de apreciar las de los médicos que le habian precedido.

Sócrates se hizo grande en filosofía, buscando la verdad con la duda en todas partes. Hipócrates se hizo notable en medicina, buscando la verdad en todos los sistemas, si no con la duda, con la desconfianza de las hipótesis y los principios exclusivos.

Sócrates enseñó á los filósofos la reflexion aplicada á todos los efectos. Hipócrates recomendó á los médicos la observacion dirigida por el raciocinio sobre todos los hechos fisiológicos y patológicos.

Sócrates con la reflexion no iba á parar ni á este ni á aquel sistema; la desenvolvía libremente sobre todos los resultados sistemáticos para averiguar sus quilates de verdad. Hipócrates con su observacion no queria fijarse en esta ni aquella hipótesis, y las hermanaba todas en lo que le parecían estar de acuerdo con la esperiencia.

La filosofía de Hipócrates aplicada á la medi-

cina, no es original; es eminentemente socrática, por lo menos en la intencion: en cuanto á la aplicacion práctica es algo mas que socratismo puro. El materialismo de Jonia y el espiritualismo de Elea ó de Cratona, se transparentan en toda su doctrina.

El método de Thales y el de Pitágoras hallaron en Hipócrates un amigo indiferente.

Cuantos hablan del espíritu filosófico de Hipócrates, nos dicen que fué el experimental, ilustrado por el raciocinio.

Litré reconoce que el método de Hipócrates se parece al moderno, por lo que tiene de experimental; añade que quiso que se observase la naturaleza, y que se sirvió de la induccion para ensanchar el campo de sus observaciones, y en contrar un medio de union entre los hechos particulares. Ese medio de union, ese vínculo fué el estudio de los *signos comunes*, suficientes para el médico griego, al paso que los experimentalistas modernos buscan ese vínculo en el vasto dominio de los hechos particulares.

Un profesor español, cuyos talentos y saber reconozco como el primero, en un erudito discurso dice que la marcha de Hipócrates en la exposicion de su doctrina, fué:

- 1.º Recoger hechos particulares.
- 2.º Compararlos entre sí mismos, sirviéndole de elementos para sacar inducciones generales.
- 3.º Establecer despues de estas inducciones, indicaciones curativas, fundadas sobre la esperiencia y el raciocinio reunidos.

No hago mas citas, porque tendria que hacerlas á centenares, y porque lo que digo de las dos que anteceden, será aplicable á todas las del mismo género y sentido.

Por lo que atañe á Litré, se hace desde luego notable la poca importancia que dá á la diferencia entre el método experimental de Hipócrates y el moderno; cuando precisamente hay una distancia de dos mil años entre los dos, como no se quiera confundir métodos y escuelas ó cometer enormes anacronismos.

Es innegable que Hipócrates era experimentalista, en ello fué Jonio; Thales palpita en ese espíritu filosófico; el método *a posteriori* parece que debia ser el suyo. Mas notad en qué se fija su observacion, en los *signos comunes*, en los conjuntos, en las relaciones, en lo general. Ahí está Pitágoras, ahí está Platon, ahí está la sintesis que caracteriza esos tiempos.

Hipócrates en la marcha, siquiera sea la de la observacion, no es analítico, es sintético. Las generalidades absorben toda su atencion, y no lo extrañeis, señores; hasta el mismo Aristóteles, que reprodujo la concepcion de Thales con progreso, que se apartó de Platon, por aquello de que *nada hay en el entendimiento que no entre por los sentidos*, se detuvo este gran paso dado en la senda experimentalista, y siguió siendo sintético, como su maestro, empezando también el estudio de la verdad por las generalidades, como siguieron siéndolo todas las escuelas filosóficas posteriores, hasta mas allá de la edad media, hasta la aparicion del célebre Baron de Veruliano, esa tercera edicion de la filosofía de Mileto; corregida y aumentada. Solo desde la proclamacion de la doctrina baconiana, el método experimental ha

empezado el estudio de la verdad por los particulares, para elevarse desde ellos á la generalidad, para completar la análisis con la síntesis, ó lo que es lo mismo, para fundar los principios sobre los hechos.

Lo que acabo de indicar, respecto de Littré, me conduce naturalmente á la crítica de la segunda cita que he hecho, como me conduciría á la de todas las demás que consignen una opinión análoga.

Siquiera fuese Hipócrates observador y experimentalista, siquiera, como Jónio, debiera seguir el método *á posteriori*; se quedó como Aristóteles en su primer paso, no abandonó la síntesis pitagórica y platónica, no estudió particulares, sino *signos comunes, generalidades*; no se elevó, por lo tanto, de los particulares á lo general, como lo hacemos los modernos, que seguimos la concepción baconiana.

Los que presentan á Hipócrates como un observador de particulares para compararlos entre sí y hacer inducciones generales, le atribuyen un espíritu que ni él formuló con preceptos claros y terminantes, ni le practicó tampoco. Ese espíritu, ese método ha necesitado cerca de dos mil años para ser tal como ellos le suponen.

Thales, Aristóteles y Bacon son los tres grandes hitos de la vía por donde ha pasado el método *á posteriori* ó de la observación; pero no son iguales en todo: hay una diferencia análoga á la que ofrece la larva, la crisálida y la mariposa, ó la que hay entre el feto, el joven y el adulto; distinción importantísima y necesaria para que al hablar de la observación de Hipócrates, del método experimental que pudo emplearse en la olimpiada octogésima tercera, no creamos erradamente que es la observación, el método experimental de nuestros días.

Pero supongamos que así no fuese; concedemos por un momento que el método de Hipócrates hubiese sido igual al de Bacon, como lo pretenden cuantos encarecen el espíritu filosófico de aquel médico; siempre se inferirá:

Primero, que eso no es medicina; que eso es filosofía, y que esa filosofía no es hipocrática, porque no es original de esa celebridad; está tomada de las escuelas filosóficas de la Grecia; es filosofía socrática, entreverada de jónio y de eroniano y pitagórico.

Segundo, que ese método experimentalista, en especial el *á posteriori* riguroso, el de la observación de particulares para fundar en ellos generalidades; es el método característico de las escuelas sensualistas, materialistas, opuestas al de la primacía de la razón ó del espíritu, para el estudio de las cosas de este mundo.

Fijad bien y profundamente vuestra atención, señores, en esas dos consecuencias lógicamente deducidas de cuanto llevo espuesto; porque ellas os dejarán la convicción de que lo que más se celebra y recomienda de Hipócrates, no es medicina, no es nada propio de la ciencia de curar, sino filosofía; y una filosofía que no se debe á ese hombre, y al mismo tiempo os demostrarán cuan equivocados andan los que buscan en Hipócrates un apoyo para sus vitalismos hipotéticos y sus doctrinas neo-espiritualistas.

Vista la filosofía de Hipócrates, probado que no es original, que su espíritu es socrático, que

su índole es jonia, que su método es mas bien sintético, que no es experimentalista á la manera de Bacon, sino á la de Aristóteles, veamos ya á Hipócrates como médico, como prohombre de la ciencia de curar, para saber si está justificada esa apoteosis que se ha hecho de ese Asclepiade, si realmente es su doctrina, como se pretende, el *non plus ultra* del acierto y del progreso en las ciencias fisiológicas, y si la tercera restauración de esa doctrina en que se empeñan algunos, es un verdadero adelanto ó un retroceso lamentable.

Bajo el punto de vista médico, Hipócrates es considerado por cuantos hablan de él, como un profesor eminentemente práctico, enemigo acérrimo de hipótesis, teorías y sistemas, exclusivamente dado á la observación de los hechos; no aceptando mas que la verdad que esa práctica le ofrecía, en vista de lo cual, su doctrina es reputada como la mas sana y preferente, siquiera tenga ya de fecha mas de dos mil doscientos años.

Semejante modo de ver es tan crasamente erróneo como los demás que ya llevo demostrados.

Paso por el espurgo que se ha hecho de las obras comprendidas en lo que se llama *coleccion hipocrática*, porque yo no doy la menor importancia á ese obstinado empeño que muchos tienen en clasificar los escritos de esa coleccion en unos, anteriores á Hipócrates; otros, propios de este autor; otros, de Polibio; otros, dudosos, etc. El afán de ese espurgo reconoce por causa el deseo de que el ídolo sea lo mas perfecto posible; el criterio que guía á los espurgadores, nos obligaría á tener tambien por apócrifos, escritos de Galeno, de Baglivo, de Piquer, de Hahnemann, de Broussais y de otros muchos, en los cuales, por lo menos, se encuentra contradicción, y los razonamientos mas ó menos ingeniosos de que se valen para determinar lo que no pudo hacer Galeno y otros autores mas cercanos á los tiempos en que los Ptolomeos recogían las obras griegas, no se diferencian de los que usan los anticuarios que se desviven por saber, si un pedazo de metal, roído por la humedad del suelo y desenterrado por una escavacion, es un cacho de moneda, un fragmento de medalla ó un trozo de vasija.

Tomad cualquiera de las obras consideradas por todos como genuinas de Hipócrates; ninguna de ellas os presentará á este autor exclusivamente práctico, porque eso es un imposible, es un absurdo.

No hay ciencia sin teoría. La práctica mas empírica tiene su razón de ser, y esta razón es tanto mas hipotética, cuanto mas empírica es la práctica.

Dotado el hombre de facultades perceptivas y reflectivas, ó lo que es lo mismo, de facultades para apreciar los fenómenos y su relación, es de todo punto imposible que no aprecie semejanzas, diferencias y dependencias de causa á efecto. Desde que ejerce sus facultades reflexivas, ya se sale del terreno de la práctica, ya está en el de la teoría.

Aun cuando no hubiera visto ninguna obra de Hipócrates, afirmaría, sin temor de equivocarme,

que esa ley se cumple en los escritos de ese médico.

Hipócrates fué *hipotético*, fué *teórico* y fué *sistemático*.

Hay mas: las hipótesis de Hipócrates no son hijas de la experiencia, son falsas; sus teorías son erróneas, su sistema en nuestros días, es ridículo.

Hipócrates fué *hipotético*, amigo y forjador de hipótesis; si no las tomó de otros, por que admitió las cualidades amarga, dulce, salada, ágría, acerba, insípida y demás: de su mezcla, de su equilibrio, de su crásis hacia depender la salud; del predominio ó aislamiento de alguna de ellas, la enfermedad.

Hipócrates supuso que había en el cuerpo humano el cálido innato, bajo cuyo influjo se verificaba la cocción de los humores.

Hipócrates supuso que las enfermedades tenían un curso necesario, que había días críticos, en los cuales se determina el bien y el mal, y señaló esos días de un modo enteramente pitagórico; esto es, por razón del número, del signo aritmético, que á esos días particulares correspondía, en lo cual se transparenta la causalidad, la fuerza activa que dió Pitágoras á los números.

Hipócrates supuso una creación ontológica, un ser llamado *naturaleza* como una fuerza curativa, medicatriz, y una lucha entre esta entidad ficticia y otra entidad análoga, llamada enfermedad, lucha que se terminaba por las crisis.

Tantas fueron las cosas quiméricas que Hipócrates supuso, que tendria aun para largo rato, si me empeñara en determinarlas todas. Bastan las indicadas para mi objeto.

Ninguna de esas suposiciones puede ser producto de la experiencia, conquista de la observación; porque estas conducen á la negación rotunda de esas hipótesis. Ninguna de ellas es la verdad, como pretendía el Coaco, y nada prueba tanto que esas hipótesis eran falsas, como que ni los mismos hipocráticos mas fanáticos se atreven á sostenerlas en nuestros días.

Nadie habla de las cualidades con relación á los cuatro humores y á los cuatro elementos: nadie del cálido innato, ni de la cocción; y si hay quien se empeña en ser pitagórico todavía, en lo que atañe á las crisis, y en ser poeta ó metafórico en lo concerniente á la fuerza medicatriz y sus luchas con la enfermedad, es porque la raza de los poetas no solo invade las faldas del Parnaso, la fuente de Helicon y el coro de las Castalias, sino tambien las columnas del Partenon, el Pórtico, los jardines de Academio y el templo de Epidaurio.

Hipócrates fué *teórico*, porque no se limitó á observar; esplicó, y no solo esplicó la relación de los hechos, sino sus causas. Todas sus hipótesis son otras tantas explicaciones, puesto que son razonamientos, fundados en los principios de su doctrina. Investigó las causas de los fenómenos fisiológicos y patológicos, las señaló, las espresó, ¿y qué es investigar, señalar, apreciar causas sino explicarlas? ¿Y qué es toda explicación sino una teoría?

No solo fué Hipócrates teórico *esplicando*; lo fué tambien *creyendo*. Os he dicho y demostrado que esa celebridad no inventó la medicina, que no lo debió todo á su propia observación, á su

experiencia personal. Su patrimonio científico fué en su mayor parte heredado de sus mayores. Pues, en todo lo que adquirió de estos, fué teórico.

El sábio que se precia de mero observador, no solo no puede permitirse explicacion alguna, sino que no le es dado aceptar ni hechos ni doctrinas de otros. Desde el momento que las acepta, las tiene *á priori*, deja, respecto de ellas, de ser práctico.

Hipócrates, por último, fué *sistemático*: sus libros tienen sistema. Littré dice que la doctrina hipocrática ofrece una unidad de concepcion que otras escuelas no han tenido. El espurgo de la coleccion hipocrática se ha fundado en la discordancia de doctrinas, en la contradiccion de principios de muchos libros atribuidos á Hipócrates, y solo se le han dejado como suyos aquellos que entran en el trazado del sistema.

Examinad una por una todas las obras genuinas de ese escritor antiquísimo; hasta los aforismos, que es el libro mas falto de método, de orden y de hilacion, y vereis que de todos ellos resulta una doctrina, un sistema, una escuela; el cáldo innato, la crásis, la intemperie, la coccion, las crisis, los humores, el principio terapéutico de los contrarios, la ocasion de obrar, la naturaleza medicatriz, etc., se revelan en todas partes, y ellos son los que dan conjunto y unidad sistemática hasta á las desconcertadas y dispersas proposiciones, que se llaman aforismos, una de las producciones por la cual es mas conocido Hipócrates.

No apoyo mis asertos con citas, porque no hablo de un autor desconocido. Las obras de Hipócrates están en manos de todos: hojeadlas, y á cada paso hallareis la confirmacion de esos asertos.

Añadid á cuanto llevo espuesto, que la escuela hipocrática se dividió en Alejandria en cuatro. La que la continuó se apellidó *dogmática*, las otras tres se llamaron *empírica*, *metódica* y *eclectica*. Si la doctrina hipocrática no hubiese sido hipotética, teórica y sistemática, no hubiese llevado en Alejandria aquel nombre; no hubiese sido la escuela dogmática el mayorazgo; lo hubiera sido la empírica. Esta es la escuela que debían ensalzar y recomendar los adversarios de las teorías. No es á Hipócrates á quien debieran venerar como hombre dado á la observacion y á la práctica, sino á Filino de Coos, á Serapion de Alejandria y á Heráclito de Tarento.

Quede, pues, consignado y para siempre, que habiendo sido ese patriarca del arte *hipotético*, *teórico* y *sistemático*, no le conoce bien ó le desfigura todo aquel que le presenta como prototipo de los médicos exclusivamente prácticos, y enemigos de las hipótesis, teorías y sistemas.

No siendo Hipócrates, como filósofo, original ó jefe de escuela, siendo su filosofía socrática, enteraverada de jonio y eleático; no siendo, por otra parte, como médico, tampoco original en todo, ni práctico esclusivo; y siendo, por último, sus hipótesis falsas, sus teorías erróneas y su sistema defectuoso, ¿á qué ese eterno hablar de Hipócrates? ¿á qué esa idolatría tan ridícula, de la cual no hay ejemplo en las demás ciencias? ¿á qué ese empeño obstinado en que seamos hipocráticos, si queremos marchar por la senda del

acierto? ¿á qué recomendarnos la lectura y estudio de las obras hipocráticas, como lo más acabado que ha podido salir de la inteligencia humana? ¿á qué esa exageracion de algunos, cuando estampan que para ser algo en medicina, para representar en ella un papel honroso, para merecer el verdadero dictado de médico práctico, hay indispensable necesidad de consultar de día y noche las obras de Hipócrates, considerándolas como un destello de la divinidad? ¿á qué, en fin, esas hipérboles, como las de nuestro Morejon, para quien es conocida señal de *reprobo* en medicina, no estudiar incesantemente los escritos hipocráticos?

Yo pregunto, señores, francamente, ¿qué es lo que pueden enseñarnos esas obras?

En *filosofía* no hay en ellas nada bueno que aprender. El método moderno de investigar la verdad es infinitamente mejor y preferible.

¿Qué nos pueden enseñar en *ciencias auxiliares*, en historia natural, en física y en química?

¿Qué nos pueden enseñar en *anatomía*? La coleccion hipocrática está pobre en este ramo de conocimientos médicos. Allí no hay ni anatomía química ó stequiología, ni anatomía microscópica, ni anatomía cadavérica, ni patológica, ni topográfica, ni general, ni descriptiva siquiera. El escalpelo hipocrático no podia tocar á los cadáveres. La metempsirosis, importada de Egipto, lo hubiera tenido por un crimen.

¿Qué distancia tan enorme de la anatomía de Hipócrates á la descriptiva y patológica de Cruveilhier, á la general de Bichat, á la topográfica de Begin, á la cadavérica de Orfila, á la microscópica de Mandl, á la química de Robin y de Verdeil?

¿Qué nos pueden enseñar las obras de Hipócrates en *fisiología*? ¿Qué puede aprenderse en esos libros sobre cualquiera funcion del cuerpo humano? Ni aun en sus relaciones con cuanto le rodea, es posible adquirir nada de provecho, puesto que semejante estudio rueda allí constantemente sobre los cuatro humores, que tanto juegan en la doctrina hipocrática.

Faltos por un lado de conocimientos exactos sobre la organizacion humana y el mecanismo funcional; faltos por otro, de estudios vastos y profundos sobre los agentes meteorológicos y los cuerpos que mas en contacto están con el hombre habitualmente, ¿qué puede aprenderse en esos libros, en punto á las leyes de la vida y á las relaciones del hombre con los agentes de la naturaleza?

Y si nos remontamos á la vida misma y los misterios de sus causas, ¿qué hay en Hipócrates capaz de resolver ningun problema?

¿De qué sirve considerar la vida como una cosa positiva, y el ser viviente como una sustancia, si al buscar sus relaciones de accion y reaccion en los diversos objetos de la naturaleza, se empieza por una creacion ontológica, dotándola de una fuerza medicatriz y accion beligerante, para luchar con otra creacion de indole análoga, llamada enfermedad, cuya derrota se espresa con un símil culinario, con una operacion propia de una cazuela ó una marmita, por la *coccion*, en fin, de los humores?

El vitalismo de Hipócrates, si es que realmente le haya en su doctrina humoral, mas metafórico

que científico, indeterminado y vago, pitagórico en la concepcion y jonio en la práctica, interpretado de mil modos por las innumerables sectas vitalistas que se han ido sucediendo, no enseña ni puede enseñar nada en fisiología. Cualquiera que desee conocer lo asequible de esta ciencia, tener nociones útiles para la práctica, en cuanto al mecanismo funcional del cuerpo humano, no es en las obras de Hipócrates donde beberá raudales tan abundantes como puros y provechosos; tendrá que buscarlos en las obras de los Muller, de los Burdach, de los Berard ú otros fisiólogos modernos.

¿Qué nos puede enseñar Hipócrates en *higiene pública* y *privada*, á pesar de la nombradía que le ha dado su libro de los *aires*, *aguas* y *lugares*, y de la gran copia de nociones que pudo recoger de lo observado en los templos y gimnasios?

La higiene pública y privada para llegar á la brillante altura en que hoy se encuentra, ha necesitado de los progresos asombrosos que la moderna filosofía experimental ha hecho en las ciencias naturales, físicas y químicas, y en las mismas fisiológicas. Por grande que sea el mérito relativo del libro de los *aires*, *aguas* y *lugares* y otros escritos higiénicos de Hipócrates, no pasan de ser trabajos rudimentarios, auroras de la ciencia, enturbiadas por las falsas teorías de los tiempos, é infinitamente inferiores, en todos los conceptos, á las obras de los Hallé, de la Fourtelle, de los Londe, Chevalier, Michel-Lévy y otros higienistas de nuestra época.

¿Qué nos pueden enseñar las obras de Hipócrates en *patología*, cuando ninguno de sus ramos nos puede conducir al conocimiento de la causa de los males, ni á formar sus diagnósticos particulares, ni al pronóstico especial de cada uno?

La *etiología* hipocrática está reducida á la falsa teoría de los cuatro elementos y á la doctrina del equilibrio y desequilibrio de los humores. Todas las causas de las enfermedades ruedan siempre por este circulo sistemático, ya por nadie sostenido.

La *sintomatología* lleva, en verdad, alguna ventaja á la de Cnido. Ya no se miran los síntomas como otras tantas enfermedades; ya se proclama el estudio del conjunto; ya se agrupan; ya se ven como fenómenos dependientes de una causa común; ya se consideran enlazados con la unidad de la existencia perturbada en sus funciones.

Sin embargo, si quiera Hipócrates, mas pitagórico y eleático que jonio en el estudio de los síntomas, mas atento á la unidad que á la pluralidad, fije su mirada observadora en los conjuntos de síntomas para descubrir enfermedades, no es para formar diagnósticos especiales, para espresar todos sintomáticos de males determinados.

Dadas muchas enfermedades agudas y febriles, determinar lo que presentan en el estado general del enfermo; hé aqui el problema que la medicina hipocrática resuelve. Los síntomas no son estudiados como espresion, como gritos de dolor ó de mal-estar de estos ni aquellos órganos, sino como quejas de la economía entera.

Las necesidades de la sintomatología de nuestros días recusán igualmente la práctica cuidiana que la práctica coaca. Aquella era viciosa por su

análisis estremada; esta por su síntesis confusa. Ni los síntomas son fenómenos aislados, ni los conjuntos son generales. Nosotros buscamos grupos de síntomas pertenecientes á estados morbosos determinados, particulares.

Sin desentendernos de lo que tengan de comun esos estados, lo cual formaba el único objeto de atencion en la sintomatología coaca, nos fijamos en los conjuntos que los singularizan, y así damos á la análisis y á la síntesis, los justos límites que no supieron darles ni los Asclepiades de Cnido, ni los maestros de Coos.

La *semeiótica* de Hipócrates adolece del mismo vicio que su sintomatología, con la cual tiene muy estrechas relaciones. No hay en ella estudios minuciosos, parciales, analíticos; todo es síntesis, todo es generalidad.

Si habla de enfermedades agudas y febriles, de afecciones de pecho, por ejemplo, no es para esponder signos particulares de esas enfermedades; no es para presentar cuadros sintomáticos, peculiares de cada una, como lo hacemos nosotros.

Hipócrates no se fija mas que en lo comun de las dolencias, en las modificaciones principales que ocasionan todas en la economía entera.

La alteracion del rostro, los sudores, el estado de los hipocóndrios, las hidropesias que proceden de enfermedades agudas, el sueño, las deposiciones, las orinas, los vómitos, las cámaras, la expectoracion; etc.: hé aquí los puntos cardinales de las consideraciones de Hipócrates, y todos ellos no son respecto á esta ni aquella enfermedad sino con respecto á todas.

Hipócrates no hace diagnósticos especiales, no describe fenómenos morbosos particulares, propios de afecciones determinadas; hace un diagnóstico general, traza fenómenos de conjunto.

Otro tanto se advierte en lo concerniente al pronóstico. El pasado, el presente y el porvenir, son la base triangular de la prógnosis coaca. El juicio rueda siempre sobre unos cuantos fenómenos de gran significacion, nunca aplicada á esta ni aquella enfermedad, sino á todas las enfermedades, á la enfermedad abstracta ó general.

El cuadro del moribundo que tan pintorescamente dejó trazado; la cara que se ha llamado hipocrática, no es peculiar de enfermedad alguna; no señala ninguno de los numerosos caminos por donde se vá al sepulcro; es la boca de la tumba.

La enfermedad es grave, la enfermedad es leve, el signo es bueno, el signo es malo; hé aquí las fórmulas generales de sus pronósticos, y siempre á tenor de los humores, ó de cualquier otro signo en que los funda.

Aun suponiendo acertados todos sus pronósticos; aun admitiendo que esas ojeadas sintéticas tengan alguna utilidad; en primer lugar no hay motivo para mover tanta algazara, ni estasiarse de admiracion ante ese rival de las Pitonisas; porque la prógnosis coaca era la continuacion de los oráculos, en cuanto al interés y ahinco en sobresalir en ella, y en cuanto al acierto, un legado de los templos, asclepiones y gimnásios: en segundo lugar, sobre no haber desdeñado los modernos todo lo que han encontrado en Hipócrates, relativo á pronósticos, conforme con la es-

periencia, han aumentado con esta el caudal de los vaticinios, no solo respecto de lo comun á todas las enfermedades, sino respecto á lo que es peculiar de cada una.

¿Qué podemos aprender en punto á *terapéutica* en los escritos hipocráticos? Gracias á las prácticas de los templos, asclepiones y gimnásios, hay alguna abundancia en medios higiénicos; gracias á los ejercicios de los atletas y á las guerras, hay algunos recursos quirúrgicos; mas en cuanto á remedios farmacéuticos, se nota una pobreza desoladora. La farmacopea hipocrática se reduce á la sangría, á los laxantes; á algunos purgantes, unguentos y aceites; todo lo cual acaba de poner mas en relieve, que en lo que Hipócrates no encontró abundancia, no la pudo poner de su cosecha.

No os quiero hablar del principio que dominaba las indicaciones, porque tan pronto es el *contraria contrariis*, tan pronto el *similia*, tan pronto el indiferente; pero no concluiré este punto sin decir que la filosofía terapéutica de Hipócrates no es un faro que brille en el mar de las indicaciones para evitar los escollos y naufragios.

¿Qué nos puede enseñar Hipócrates en lo que atañe á la *nosografía*? En él no hay clasificacion de enfermedades, porque no podia haberlas. Una clasificacion supone análisis, é Hipócrates era sintético. Tanto la salud como la enfermedad se consideraba á fuer de un todo; la idea de la unidad del *consensus unus*, brotaba de todas las teorías; el conjunto era el blanco de todas las ojeadas.

Verdad es que las enfermedades tenían nombres: habian empezado á tener os los síntomas; mas esos nombres no representan mas que grupos de fenómenos, por no decir alguno culminante; era una nomenclatura empírica con rasgos de pintoresca, sin sistema ni razon filosófica ninguna. Bajo este punto de vista mejor es ignorar que saber como habló Hipócrates.

¿Qué hay que aprender en sus mismos libros de las *epidemias*, tan renombrados, y en donde se nos presenta como más observador? En todos ellos están palpitando sus hipótesis falsas, sus teorías erróneas, su sistema defectuoso.

Hay el primer esbozo clínico; allí aparecen por primera vez, por lo menos en la forma, las historias particulares de algunos enfermos; mas sobre que al fin y al cabo no se diferencian de las tablas votivas, son un desarrollo mayor de estas, esas historias clínicas dejan mucho que desear, no pueden presentarse como modelos de su clase. Los modernos han dejado bajo este aspecto muy atrás al grande Hipócrates: no hay estudiante medianamente instruido, que no haga hoy dia mejores historias clínicas.

Una cosa importante podreis aprender en esos libros de epidemias. A pesar de ser considerado Hipócrates como un grande observador, como el observador por excelencia, no supo ver en esos azotes de las poblaciones y comarcas, lo que hoy dia pretende ver hasta el médico mas topo, hasta el profano del arte. Aludo al contagio. Hipócrates no vó una cosa para los contagionistas tan clara.

Los partidarios de esa funesta invencion de Fracastóreo no buscan la sancion historica, el prestigio de de la autoridad antigua en los escritos de un médico de tanto respeto y significacion

para ellos: se van á revolver las páginas de un profano; acuden á un historiador, á Tucídides, y aun para eso tienen que darle un sabor fracasatoriano por medio de los traductores del siglo XV.

Ahí teneis, señores, la autopsia del grande Idolo. La notoriedad de sus obras me dispensa tambien de citar pasajes en comprobacion de mis asertos.

Ahora bien, señores, si en los libros hipocráticos, además de los defectos filosóficos y médicos de que adolecen, y sobre los cuales no necesito ya insistir, no hemos de aprender nada, ni en filosofía, ni en ciencias auxiliares, ni en anatomía de ninguna especie, ni en fisiología, ni en higiene, ni en patología, ni en terapéutica, ni en nosografía, ni en epidemiología, ni en clinica, ¿á que ese impertinente y obstinado afán, no solo de que leamos de dia y de noche esas obras, sino de que volvamos á ser hipocráticos, á enarbolar el estandarte, tantas veces tremolado y otras tantas destruido, del hipocratismo, en el baluarte de la ciencia?

Admírese cuanto quiera á Hipócrates, respecto de lo que fué ese médico en sus tiempos; vayan, si quieren, sus fervorosos sectarios en peregrinacion á la tierra de Larisa, allá en Tesalia, como van los árabes á la Meca; mas que no pretendan hacer de ese hombre otro Sidhartha, otro Buda, para hacernos profesar un budismo médico, tan fanático como el de las actas chinas, y guarden en la lontananza histórica á su idolo, como en las sombras del misterio los budistas del Thibet á su gran Lama, si no quieren que, visto el Buda coaco de mas cerca, desnudo de aparatos de diorama y bañado de la luz de nuestro sol, la multitud advierta que es un prójimo de carne y hueso como cualquier hijo de Adán, con todos los defectos é imperfecciones que llovieron sobre la miserable progénie humana, desde que nuestros primeros padres se dejaron seducir por la serpiente.

La juventud médica estudiosa reportará mas beneficios consultando de dia y de noche las obras clásicas de los modernos que, sacudiendo el polvo á los pergaminos de la coleccion hipocrática, incluidas las esposiciones y comentarios de sus mas eruditos exhumadores. No solo se puede ser buen médico y gran médico teórico práctico sin haber ojeado jamás ni uno de esos cacareados libros, sino ni aun sabiendo que haya existido nunca ese Asclepiade de Coos.

No demos á los estraños tan pobre idea de nuestra ciencia, suponiendo que solo ha existido un hombre en ella, y que todo lo que en ella puede hacerse, ya se hizo cuatrocientos años antes de la venida del Mesias.

Téngase entendido, pero muy claramente entendido, que si un cataclismo universal, si un diluvio, como el de los tiempos de Noé, volviera á destruir todo cuanto se ha escrito é impreso desde las Olimpiadas, y no le quedase en el arca salvadora á la nueva generacion mas que los libros de Hipócrates, la ciencia se quedaria en su primera denticion, en un estado del mas deplorable atraso.

Hasta aquí, señores, os he hablado de Hipócrates. Voy á concluir diciendo ahora cuatro palabras sobre las escuelas hipocráticas, sobre los hipocra-

tistas, diré mejor sobre todos los tiempos y naciones.

Seré breve: 1.º porque ya debéis estar fatigados por la estension de mi discurso; 2.º porque el juzgado idolo, no ha de ser prolijo empeño juzgar á los idólatras.

Dejándonos llevar por un momento del modo comun de ver el asunto que nos ocupa, Hipócrates, al morir, dejó legada su doctrina á una escuela que, teniendo por alma el espíritu de aquel gran médico, no ha perecido nunca ni jamás parecerá. Así como Jesucristo dijo á San Pedro: «tu eres Pedro y sobre ésta piedra edificaré mi iglesia, y contra ella no han de prevalecer las puertas del infierno,» parece que Hipócrates dijo á sus hijos Tésalo y Dracon, y á su yerno Polibio: «vosotros sois quien sois, y sobre vosotros edificaré mi escuela, y contra ella no han de prevalecer las doctrinas venideras.»

Si hemos de creer á los entusiastas partidarios del Asclepiadeo, la profecía se ha cumplido.

Esa escuela salió de Coos, de allí pasó á Alejandría, de esta ciudad se estendió á Roma, donde la sostuvo Galeno; continuároula los compiladores del bajo imperio, los árabes, las universidades de la edad media, mas aun despues de la toma de Constantinopla, á cuyos impulsos se restableció en todo el vigor coaco; Sydenham, el Hipócrates inglés, la sostuvo por segunda vez en el siglo XVIII. Montpellier le dió carta de naturaleza, y hoy torna á levantarse como la preferente á todas las demás escuelas que hormiguean en el período anárquico, como llama Renard al estado actual de nuestra ciencia.

Esa escuela es el tronco del arte; es el mayorazgo de la familia médica, vive en todos los siglos, en todas las edades, en todos los países y de todos toma algo; en todos adquiere una parte que asimila y sirve para aumentar el caudal de sus hechos y verdades.

Así atraviesa todas las generaciones, siempre vieja y siempre rejuvenecida, como un Vishnu fisiológico, sosteniendo la unidad del arte, la individualidad de la ciencia y el germen perenne que promueve nuevos y progresivos desarrollos.

En esta escuela están siempre los adversarios mas obstinados y terribles de las nuevas teorías.

Los metodistas, los empiricos y los electicos de Alejandría, sucumbieron á los esfuerzos de los dogmáticos, que formaban á la sazón esa escuela. Dueña del campo en el Oriente, como entre los árabes y cristianos de la edad media, se atavió con los descubrimientos nuevos y empleó su actividad y pujanza en reformarse, aunque poco en el fondo, á sí misma. Mas apenas se presentaron las ciencias ocultas, la cábala, el misticismo paracélsico y vanhelmónico, ya vistió la cota de malla, ciñó el casco de hierro y empuñó la espada, para hacerse militante y batalladora.

Combatió á los alquimistas, á Paracelso, á sus sectarios, á las ciencias ocultas, á los Rosa Cruz, á Flud, á Vanhelmónico, á los conciliadores; ganó la batalla contra todos, pero no descansó, no cerró su templo de Jano; marchó sobre los yatroquímicos; derrotados éstos, se abalanzó contra los yatomatemáticos, y no dejó de tener sus escaramuzas contra los italianos. Si no las tuvo mas empeñadas con esta escuela, fué porque la de Montpellier, donde florecieron Bordeu y Barthez,

discípulo de Stahl, ha querido siempre ser la heredera de la escuela de Coos, é interpretar á favor de sus doctrinas los cánones hipocráticos.

Transigió con los mecánico-dinámicos, con la irritabilidad de Haller, con la incitabilidad de Brown, con las propiedades vitales de Bichat, y debilitada con esas transacciones, fué derrotada en los campos de Val de Grace, por las huestes acaudilladas por Broussais en el primer tercio de este siglo.

Repuesta un tanto de los rudos golpes que le descargó el jefe de la irritacion, miró como aliados, aunque con desconfianza, á los anatómicos patológicos, á los organicistas, á los hahnemánianos, á los humoristas, empíricos y eléctricos; refugiada en Montpellier, aguardó paciente y resignada á que la reaccion filosófica de la Alemania la robusteciese un poco, y alentada por la *Revista Médica* de París, ha salido otra vez á campaña, flamante y provocativa, enarbolando una bandera de espiritualismo que pueda aumentar sus huestes, y arremetiendo denodada contra las ciencias anatómicas, físicas y químicas, que invaden con marcha lenta, pero segura y triunfal, los infinitos campos de la fisiología.

Para formaros una idea cabal de esta escuela, analizadla detenidamente en cada uno de sus pasos y períodos; comparad estos, unos con otros y todos con el maestro, á proporcion que avanza. Esa análisis y esa corporacion, os darán un resultado sorprendente. Vereis que la doctrina hipocrática no es cosmopolita. Apenas sale de Coos, experimenta la influencia modificadora de los climas que recorre. Como los animales y las plantas que pasan de los polos á los trópicos, ó de los trópicos á los polos, sufre tales mudanzas, tales transformaciones, que llega á ser desconocida. Si Hipócrates se levantara de la tumba y viera ciertos hipocratismos, se volvería al sepulcro por no verlos.

No es necesario para notar esas transformaciones que sigais la escuela paso á paso; tomadla en sus grandes períodos, en sus restauraciones, en sus días de triunfo, y las advertireis del propio modo. Al pasar por el filtro de los siglos, se depura de todo lo añejo y perecedero, reemplaza sus pérdidas con nuevas adquisiciones, siempre decoradas con el dictado de experimentales, y cuanto mas la restauran, tanto menos le resta de lo que fué en vida del fundador de la doctrina. Es como un navio al cual se van mudando sucesivamente las tablas y aparejos, ó como un regimiento que va perdiendo su gente, reemplazada por otra, á los cuales no les queda al fin y al cabo mas que el nombre.

Ved en que se parece el hipocratismo de Montpellier y de la *Revista Médica* de París, al hipocratismo de Sydenham, este al del siglo XVI, este al de Galeno, este al de la escuela dogmática de Alejandría, y esta escuela á la de Coos.

En vano buscareis la semejanza en los medios teóricos ni prácticos de realizar el hipocratismos. Ni las teorías son las mismas ni es la misma la terapéutica.

La única cosa que los enlaza, la única que dá unidad á las escuelas hipocráticas de diferentes siglos, es la pretension de no admitir nada que no sea producto de la experiencia, de no erijir en principio nada que no brote de la observacion de

los hechos, dirigida por un acertado raciocinio mas sobre no ser eso *medicina*, sino *filosofía*, sobre tener todas las demás escuelas una pretension análoga, el abandono que hace cada restauracion hipocrática, de las teorías profesadas por las anteriores; el descrédito de las mismas profesadas por el pontifice, demuestran hasta la última evidencia, que su conducta práctica no corresponde á la voluntad que las anima, que al realizar sus creencias no son tan fieles ni escrupulosas, respecto de esa observacion de la que se tienen por devotos.

Yo no me ocuparé, señores, en demostraros las notables diferencias que se advierten entre la escuela de Alejandría y la de Coos, entre Galeno é Hipócrates, entre las escuelas hipocráticas del siglo XVI y aquellos dos prohombres del arte, entre el hipocratismo del siglo XVIII y el del siglo XVI, entre el hipocratismo moderno y el de los ya sepultados en el panteon de los tiempos.

Semejante trabajo no es para una memoria, ó un discurso, reclama un libro; mas las escuelas indicadas no os son desconocidas; cada uno de vosotros podrá ver si voy fundado en lo que he dicho.

Aun cuando así no fuere, aun cuando las escuelas hipocráticas fuesen idénticas en todo, en teoría y practica, tanto las unas á las otras como á Hipócrates, no por eso deberian ni podrian inspirarnos mas confianza, ni merecer mas simpatía y deferencia.

Si adoptan en un todo la doctrina de Hipócrates, ya habeis visto lo que es esa doctrina. La medicina práctica de nuestros tiempos, puede aprender muy poco de lo consignado en aquella. Si es otra la doctrina que profesan, que no la revistan del prestigio y autoridad de aquel célebre médico; que no pretendan presentárnosla como cosa venerable.

La exageracion hiperbólica con que algunos sabios han exaltado el mérito relativo de Hipócrates, ha hecho que el vulgo médico haya tomado ese mérito por absoluto, y no solo se han debido á esa fácil evolucion del entusiasmo las restauraciones del viejo hipocratismo, sino el que todos los torjadores de sistemas pongan á sus peregrinas concepciones el sello de la doctrina coaca.

Hipócrates es la máscara con que se cubren todos los que sienten en su conciencia la flaqueza de sus hipótesis; es la condecoracion que se cuelga todo sistema, que no tiene confianza en el prestigio de su personalidad; es la estampilla con que se aseguran la obediencia, los que necesitan de una autoridad superior para contar con el respeto; es el *exequatur* con que se facilitan el paso los que temen que se les cierren las puertas del asentimiento; es la guia de la aduana para el que introduce contrabando; es la patente limpia, en fin, que se procura el que viene navegando desde puertos apestados.

La privilegiada nombradía del médico de Coos ha estimulado la ambicion de todos los que no se sienten con fuerza para subir á tanta altura; esa nombradía es un patrimonio que tiene muchos y codiciosos pretendientes; todos quieren ser herederos ó albaceas de ese patrimonio; y al adjudicarse á sí mismos el legado, derraman el ridiculo sobre el fundador de mayorazgo.

Padrino nato de todos, introductor obligado

de cualquier advenedizo, esa colosal figura viene á ser entre sus desalentados panegiristas, una especie de maniquí, al que cada uno viste á su antojo.

De los libros de ese autor griego puede decirse lo que, según Luis Peisse, dice un poeta inglés de la Biblia:

Libro es en donde cada cual inquiere

Un dogma, y halla el dogma que prefiere.

O bien como dice Trousseau: cada uno lee en esos libros lo que tiene en su pensamiento.

Así comprenderéis fácilmente, cómo los hipocráticos no se parecen los unos á los otros, y cómo ninguno de ellos se parece á su pontífice.

Hay en las doctrinas médicas un principio fundamental acerca del que se diría á primera vista que podría haber concordancia entre todos los hipocráticos antiguos y modernos. Aludo al vitalismo.

Pues precisamente en nada reina tanta anarquía como en todo lo concerniente á ese principio.

Desde el padre Hipócrates, cuyas obras rebosan de materialismo jónico, hasta el vitalismo psychico de Recamier, de Cayol y de la *Revista médica* de París, son tantas las escuelas, que ya fatigan la memoria y abruma el espíritu.

Hay vitalismos de todas clases y á gusto del consumidor, como se dice vulgarmente. Los hay materiales, humoristas, solidistas, gaseosos ó incoercibles; los hay dinámicos y metafísicos; los hay, en fin, psychicos ó espirituales.

Tras el vitalismo *humoral* de Hipócrates y demás griegos ó el *ontológico* de la *naturaleza médica* y *militante*, hemos visto en tiempos mas cercanos el *orgánico* de los Glison, los Gortner, los Haller, los Brown, los Bordeu, los Bichat, los Cabanis, los Pinel, los Chaussier, los Broussais y demás sostenedores de las *propiedades vitales*, que forman todavía el *eredo* de la inmensa mayoría de los médicos. Hemos visto el vitalismo *antimico* de Sthal, el *dinámico* ó *metafísico* de Barthez, inventor del principio vital, como forma abstracta de una entidad absurda, hipotéticamente admitida como síntesis del código fisiológico, por el cual se rigen los fenómenos propios de los cuerpos organizados, con escepcion de los intelectuales y morales, los cuales tienen fuero particular, ó reconocen otro principio. Hemos visto, en fin, el vitalismo *psychico* de Recamier, de Cayol y de los redactores de la *Revista médica* de París, para las cuales, la *fuerza vital* es otra de las atribuciones del *alma pensadora*.

Y no para todo aquí. Si todos esos vitalistas de diversa escarapela y uniforme, forman liga estrecha y compacta contra los que miran la vida como un modo de ser de la materia diferente del que tiene en los cuerpos inorgánicos, se destrazan entre sí con tanta menos piedad, cuanto mas íntimos son los vínculos que los unen.

Los metafísicos y psychicos apellidan pseudo vitalistas, materialistas disfrazados, á los organicistas, y no los consideran suficientemente pertrechados contra los yatroquímicos y yatomatemáticos del siglo XIX, como designan con cierto desden o ímpeto á los fisiólogos, físicos y químicos.

No es mayor la paz que reina entre aquellas dos sectas espiritualistas, puesto que á los himnos de

victoria, á los *hossana* que entona el fiamante vitalismo hipocrático de París, se agita sañudo y refunfuñador el viejo y celoso hipocratismo de Montpellier reclamando sus fueros y privilegios de prioridad y pertenencia. No hay un espectáculo mas divertido que las ardientes polémicas entre Cayol y Lordat, recruta aquel del vitalismo anímico, veterano este del vitalismo barthesiano ó dinámico.

El humo de la pólvora con que anublau su campo de batalla, no les deja ver que el vitalismo de Montpellier, á lo Barthez, con sus dos principios vitales, uno para la vida orgánica y otro para la psíquica, no es, en fin, mas que un fósil, desenterrado de los jardines de Academo, donde le dejó dividido Aristóteles en alma *sensitiva*, *nutritiva* y *racional*, y que el vitalismo de la *Revista* no viene á ser, mas que que un escudete de estalianismo, ingerto en el árbol hipocrático del siglo XIX.

Y *risum teneatis amici*; todos esos vitalistas se amparan bajo el patronato esclusivo del pontífice de Coos; todo gravan en su escudo el dictado de hipocráticos; todos prenden en su sombrero la escarapela coaca, como una exhibición de documentos legítimos para declararse herederos de la gran fama, para ser ellos los *Levitas* de esa *arca santa* que llevan á los combates.

¡Hipócrates, filósofo de los tiempos gentílicos, en que las almas no existían ó eran tres; Hipócrates, el de las cuatridades, el de los cuatro elementos, el de los cuatro humores, el del libro de los aires, agos y lugares, el de las epidemias, el de la naturaleza, vitalista anímico y dinámico! ¡metafísico ó psychico! ¡Qué vitalismo es ese que así se presta á las elucubraciones platónicas, cartesianas y *yostas* de los Cayol, como al método *á posteriori* de Bacon, acariciado por los Barthez y Lordat! ¡Quién engaña á quien?

¿Y ese es el vitalismo hipocrático, el hipocratismo que en nuestros días se levanta como concepción mas acabada, mas progresista, mas digna de la confianza de los médicos? ¿Qué resta ya de Hipócrates en esa destilación de quinta esencia, obtenida en el alambique de los neostalianos y barthesianos?

Señores, no es tiempo ni ocasión de tomar por lo serio esos delirios, solo posibles en una época de reacción como la nuestra; pero de reacción pasajera como una aurora boreal. Vuestro causancio me advierte que debo concluir, y voy á hacerlo con unas palabras de Jesucristo: *A fructibus eorum agnosceitis eos*, decia el Redentor, hablando de los Fariseos y Escribas. Yo digo lo mismo de los vitalistas montpellierianos, que han tenido mas tiempo de producir algo, que los flamantes stalianos de París.

¿Qué han hecho esos metafísicos con sus altaneras pretensiones, con sus miradas olímpicas, con sus arrogantes actitudes? ¿Qué obra útil para la medicina práctica, ha salido de su pluma especulativa de unos 50 años á esta parte? ¿Qué hay en fisiología, en patología, en terapéutica, con perfeccionado con arreglo á sus doctrinas? ¿Qué descubrimiento se les debe, qué mejora les corresponde, qué progreso han promovido? ¿Qué parte han tomado en las grandes luchas del siglo? ¿Qué ha escrito Lordat, ese último albaacea de la escuela de Barthez? ¿La *insensescense du sens intime*? ¡Oh! si todo se reduce á eso, será muy

posible que hasta el mas tolerante recuerde la antigua fábula del *monts parturiens*?

La escuela de Montpellier vitalista, ya veterana, partiendo del principio, que todo está ya hecho, que todo se hizo en Coos, y meciéndose en la ilusión de que ella es ahora la isla de Stankio, permanece inmóvil y en beatífico reposo como un Dios egipcio, no sale de su misterioso santuario, y cerniéndose en las nubes de la especulación, desdeña los trabajos particulares y minuciosos de la *plebe*, por más que la práctica del arte viva de esos trabajos y no de las elucubraciones metafísicas de la familia neo-platónica.

¿Y se estrañará que haya quien diga que el vitalismo es la escuela de la pereza vanidosa, el inmovilismo elevado á la altura de sistema, que trapeado en su magestad, se congratula de dos mil años de cristalización, y se vanagloria de no ser mas que un puro y fiel eco de la gran voz de Hipócrates?

¡Médicos españoles, que aspiráis á ser algo en el vasto y escabroso campo de la medicina práctica, no os dejéis arrastrar por el torrente reaccionario que baja de la política á la filosofía, y de la filosofía á la medicina; no caigais en el pérfido lazo que se os tiende con el difraz hipocrático; ved que el hipocratismo de que se os habla, no tiene ya, no digo precisamente nada de las doctrinas del gran médico de Coos, insuficientes é inútiles para nosotros, sino ni aun su espíritu filosófico; el método *á posteriori*, la observación ilustrada con el raciocinio, la experiencia razonada, á cuyos albores el hipocratismo debió su primera restauración en el siglo XVI, á cuya proclamación mas acabada por la concepción baconiana, tornó á brillar en el siglo XVIII, y á cuyas reglas os inclináis todos, porque la conciencia os dice que es el método mejor para dar con la verdad donde quiera que se oculte para que la busque el hombre: os está llamando á voz en grito al estudio de las ciencias físicas y químicas, al estudio de la anatomía química y microscópica, para rasgar el velo que cubre los arcanos fisiológicos, al estudio experimental de los fenómenos objetivos, para elevarse desde ellos de generalidad en generalidad á la gran síntesis.

Que no os arredre el dictado de materialistas con que se os quiere espantar, si abandonáis la gimnástica metafísica por el estudio de las organizaciones, con los mismos medios que tantas ventajas reportan en el de los cuerpos inorgánicos; ese injusto y mal intencionado anatema es la primera y mas elocuente revelación de la flaqueza de los que tal dictado os dan, es su impotencia que chilla, es un mal pleito que se defiende á voces.

¿Queréis marchar siempre á remolque de las naciones extranjeras, quedaros al ínfimo nivel en que os han dejado vuestros padres, no figurar jamás donde se escriben los nombres de los que empujan la humanidad hácia el progreso? Seguid durmiendo en el regazo de la especulación con que, á nombre de Hipócrates, se os brinda por vez tercera.

¿Queréis elevaros al nivel de las demás naciones, tomar activa parte en ese movimiento científico que las ha colocado á tanta altura; dar á la España médica las proporciones de un gigante? Levantaos todos, sacudiendo las trabas de la ido-

latria que os subyuga, y grita á voz en cuello: *á trabajar.*

Madrid 16 de enero de 1859.

El Dr. MATA.

SECCION PROFESIONAL.

PARTE OFICIAL.

JUNTA MUNICIPAL DE BENEFICENCIA DE MADRID.

Desde este día queda abierto el pago de las nóminas de médicos y cirujanos del cuerpo facultativo de beneficencia domiciliaria y la de dependientes de las juntas parroquiales correspondientes al mes de enero. Para percibir esta mensualidad se presentarán los interesados al habilitado en las oficinas de la Junta municipal de beneficencia, plazuela de Santa María, núm. 6.

Madrid 3 de febrero de 1859.—El secretario, José de la Carrera.

Se hallan vacantes dos plazas de practicantes supernumerarios de la hospitalidad domiciliaria de la parroquia de San Andrés. Todos los que se hallen autorizados para ejercer la cirugía menor y vivan dentro de la mencionada parroquia, pueden solicitarlas de la Junta municipal presentando en la secretaría de la misma, plazuela de Santa María número 6, cuarto bajo, en el término de 15 días, las instancias acompañadas del título ó copia legalizada y de cuantos documentos puedan acreditar su aptitud para el mejor desempeño de las funciones que el reglamento les confía.

Madrid 3 de febrero de 1859.—El secretario, José de la Carrera.

Se hallan vacantes dos plazas de practicantes supernumerarios de la hospitalidad domiciliaria de la parroquia de San José. Todos los que se hallen autorizados para ejercer la cirugía menor y vivan dentro de la mencionada parroquia, pueden solicitarlas de la Junta municipal, presentando en la secretaría de la misma, plazuela de Santa María, número 6, cuarto bajo, en el término de 15 días, las instancias acompañadas del título ó copia legalizada y de cuantos documentos puedan acreditar su aptitud para el mejor desempeño de las funciones que el reglamento les confía.

Madrid 3 de febrero de 1859.—El secretario, José de la Carrera.

CUERPO FACULTATIVO DE HOSPITALIDAD DOMICILIARIA DE MADRID.

Las sesiones científicas del Cuerpo tendrán lugar á las ocho de la noche de los días 4, 5, 7 y 8 del actual, en la forma siguiente:

Distrito primero.—Día 4.

Distrito segundo.—Día 5.

Distrito tercero.—Día 7.

Distrito cuarto.—Día 8.

Los profesores de cada distrito se reunirán en la casa de socorro correspondiente.

Madrid 3 de febrero de 1859.—El inspector, Santiago Ortega y Cañamero.

CRONICA.

Oficialidad. LA ESPAÑA MÉDICA ha recibido

el honor de que se le declare periódico oficial de la Sociedad filantrópica de profesores de ciencias médicas, cuyos estatutos publicaremos en breve, para que nuestros lectores conozcan una institución que se ocupa especialmente de proteger á las clases médicas.

Nuevos numerarios. Habiendo demostrado la experiencia, en el mes que ha transcurrido desde que se instaló el servicio de guardia permanente en las casas de socorro de Madrid, lo inconveniente de que el profesor encargado de la guardia lo esté también de la visita á domicilio, la Junta municipal de beneficencia ha acordado la creación de ocho nuevas plazas de médicos numerarios del Cuerpo, con el objeto esclusivo de cumplir dicho servicio de guardia.

A este fin han sido nombrados médicos numerarios los ocho supernumerarios mas antiguos, que son los Sres. Mur, Lopez Ocaña, Jimenez Melas, Bueno y Sanz, Fabeirac, Viñas, Escala y Valles y Pablos, los cuales señores han sido destinados del modo siguiente:

Primer distrito: los Sres. Bueno y Valles.

Segundo id. Sres. Mur y Escala.

Tercero id. Sres. Fabeirac y Viñas.

Cuarto id. Sres. Lopez Ocaña y Jimenez Melas.

Con la creación de estas ocho plazas ascienden ya á cuarenta los médicos numerarios del Cuerpo de hospitalidad domiciliaria de Madrid.

Colegio farmacéutico de Madrid. Las secciones del Colegio de farmacéuticos de Madrid han quedado constituidas para el año 1859 de la manera que sigue: *Científica.* Presidente, D. Quintin Chiarlone; vice-presidente, D. Ramon Torres Muñoz; secretario, D. José Fernandez Villar; vice-secretario, D. Isidro Lopez Dueñas.—*Económica.*—Presidente, D. Ramon Ferrari; vice-presidente, D. Javier Jover; secretario, D. José Cosin y Martinez; vice-secretario, D. Higinio Iñiguez.—*Profesional.*—Presidente, D. Ramon Ruiz; vice-presidente, D. Casimiro Vallespinosa; secretario, D. Antonio Martinez de Haan; vice-secretario, don Carlos Suñer.—Han sido nombrados revisores de los trabajos de la Flora farmacéutica los señores D. Nemesio Lallana, D. Carlos Ferrari, D. Pedro Lletget, D. Julian Casaña, D. Francisco Caballero, D. Augusto Lletget y D. Ignacio Garcia Cabrero, y de los del Diccionario de farmacia, los señores D. Juan Pou y Camps, D. Manuel Rioz, D. Vicente Santiago Masarnau, D. Magin Bonet, D. Juan Lopez Chavarri, D. Joaquin Olmedilla y D. Manuel Ovejero.

Ensayo feliz. En Gerona se ha ensayado con feliz éxito un nuevo procedimiento para el alumbrado, invención debida, segun parece, al Sr. Garriga, farmacéutico de aquella capital. Dice *El Gerundense* que á una luz clara, brillante y sumamente blanca, reúne una baratura extraordinaria, sin que despidiera mal olor.

Bien haya á los médicos españoles. Una carta de Puerto Pollot en el archipiélago filipino, dice que habia llegado allí el sultan de Sugut con objeto de curarse de una grave enfermedad que padece y le tiene postrado en cama, trayendo en su compañía una de sus mujeres con un hijo menor de edad, dos esclavos é igual número de esclavas. Habia sido alojado en una habitacion que le fué preparada de orden del gobernador, quien vigila-

ba porque nada le faltase de cuantos auxilios pudiera necesitar hasta conseguir la curación de sus dolencias.

Muerte por el miedo. En Berlaimont (Norte de Bélgica) acaba de verificarse un caso de muerte repentina, causada por el miedo. Paseábase una joven de 18 años por el bosque de Mormal, cuando experimentó tal susto al ver salir de la maleza un lagarto de un tamaño extraordinario, que cayó sin sentido. A pesar de los eficaces auxilios que se le han prodigado ha fallecido á cortos instantes de haber sucedido el accidente.

VACANTES.

Se halla vacante la plaza de médico-cirujano de la villa de Castejon de Huete, en el partido de Priego, su vecindario 212 vecinos; es pueblo sano y se halla situado en la fertil hoya del Infantado, su dotacion 7000 rs. pagados los 4000 del presupuesto municipal por trimestres, y los 300 rs. en trigo á precios corrientes por Santa Maria de agosto cobrados por el ayuntamiento; no es cargo del agraciado la cirugía menor; además se le dará casa para vivir, y estará libre de contribucion excepto la de subsidio.

Los aspirantes dirigirán sus solicitudes francas de porte á la secretaría de este ayuntamiento hasta el 25 de febrero próximo, día en que se proveerá dicha plaza.

Castejon 28 de enero de 1859.—El A. P., Roman Egido.—P. O. Ramon Astudillos.

Se halla vacante la plaza de cirujano de la villa de Castejon de Huete, en el partido de Priego, su vecindario 212 vecinos, es pueblo sano y se halla situado en la fertil hoya del Infantado, su dotacion consiste en 4000 rs. y casa para vivir, libre de contribuciones excepto la de subsidio, la mitad de la dotacion se paga de presupuesto municipal por trimestres y lo demas en trigo á precios corrientes por Santa Maria de agosto, cobrado por el ayuntamiento. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes á la secretaría de dicho ayuntamiento hasta el 25 de febrero próximo, en que se proveerá dicha plaza.

Castejon 28 de enero de 1859.—El P., Roman Egido.—P. O. Ramon Astudillo, secretario.

La de médico-cirujano de Pezuela de las Torres, provincia de Madrid, partido de Alcalá de Henares; dotada con 8000 rs., pagados 3000 de propios y gremio de labradores, y los 5000 restantes por reparto de los 170 vecinos. Las solicitudes á D. Manuel Rubio y Alvarez, secretario del ayuntamiento, hasta el 15 del actual.

La de médico-cirujano de Molvizar (Granada). Las solicitudes hasta el 20 del corriente. Se anuncia por segunda vez.

La de médico de las villas de Samaniego, Villabuena y Baños de Ebro (Alava) distante el que mas, tres cuartos de hora de la primera, residencia del facultativo; dotada con 8000 rs. pagados por trimestres, casa y libre de toda carga. Las solicitudes al alcalde del ayuntamiento de Samaniego, hasta el 18 del actual.

La de médico de Cornajo (Logroño) dotada con 7000 rs. pagados por el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 10 del corriente.

ANUNCIO.

Se vende una botica acreditada situada en el mejor punto de Zaragoza; la persona que desee informarse de mas pormenores, podrán dirigirse en esta corte á D. Cayetano Ubeda, calle de la Montera, botica, y en Zaragoza á D. José Ubeda, calle del Coso, botica.

Por lo no firmado.

EDUARDO SANCHEZ Y RUBIO.

Editor y director, D. E. SANCHEZ Y RUBIO.

Madrid, 1859: Imp. de Manuel Alvarez, Espada 6.